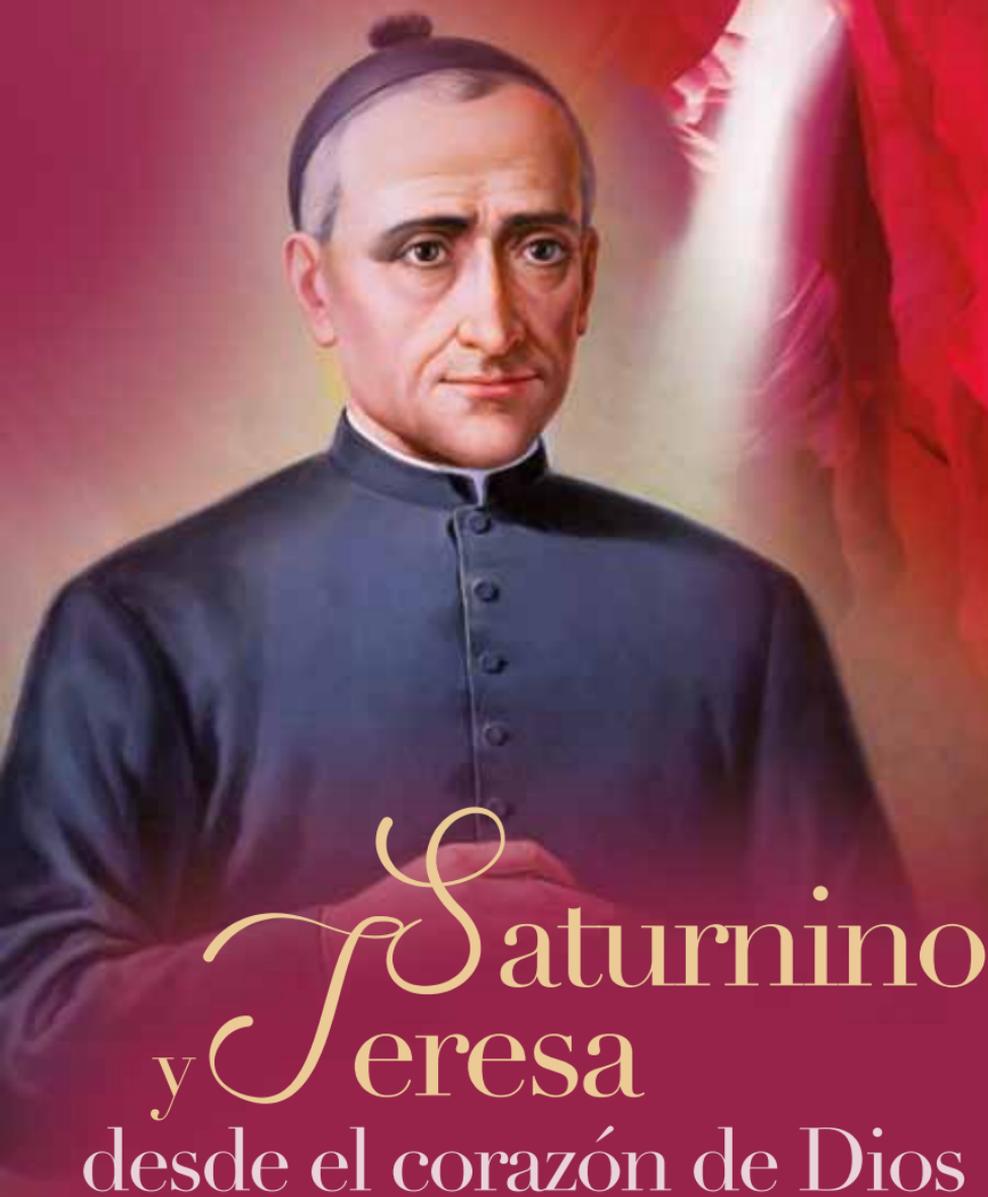


María Dolores de Miguel Poyard



Saturnino
y Teresa
desde el corazón de Dios

SADIFA MEDIA



Saturnino



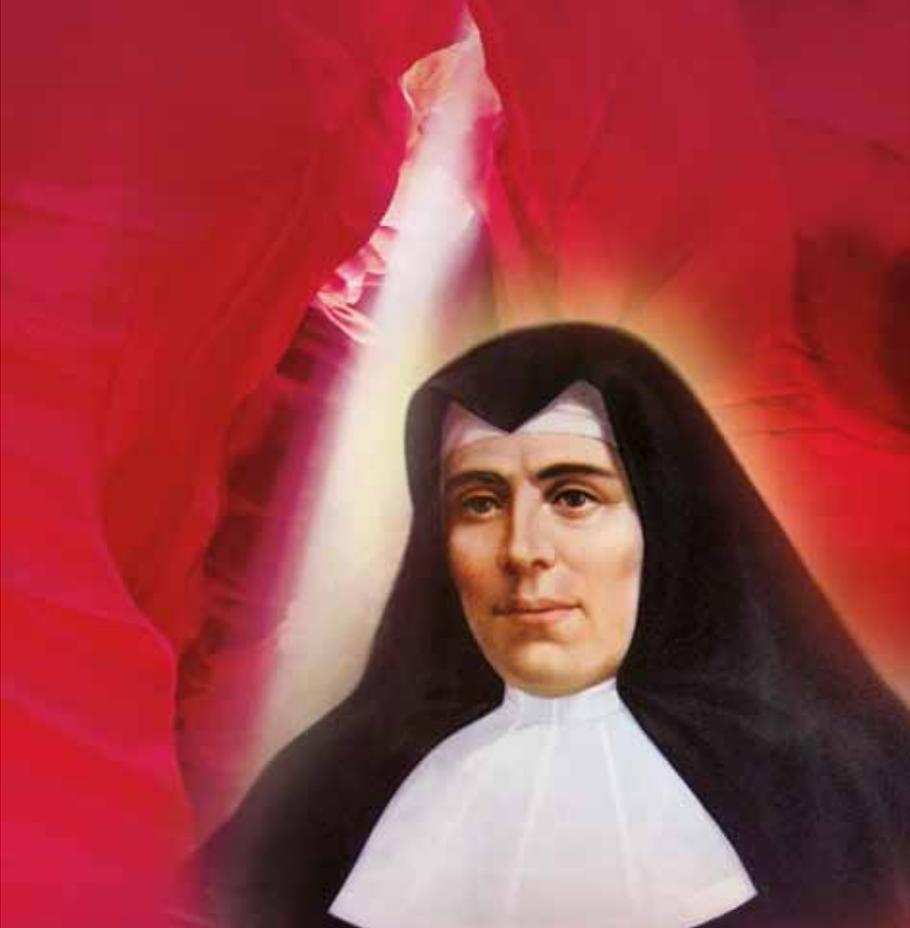
SADIFA MEDIA Verlags GmbH
Postfach 1350 - D - 77673 Kehl am Rhein
Telefon: +49 (0)7851 4010 - Fax: +49 (0)7851 73080
Email : info@sadifa-media.de - www.sadifa.de

Autora: María Dolores de Miguel Poyard
Responsable editorial: Isabelle Lasser
Arte gráfico: Anne-Karine Beck
Fotos pertenecientes a la Congregación:
Hermanitas de los Ancianos Desamparados
Calle Madre Teresa Jornet, 1
46009 Valencia

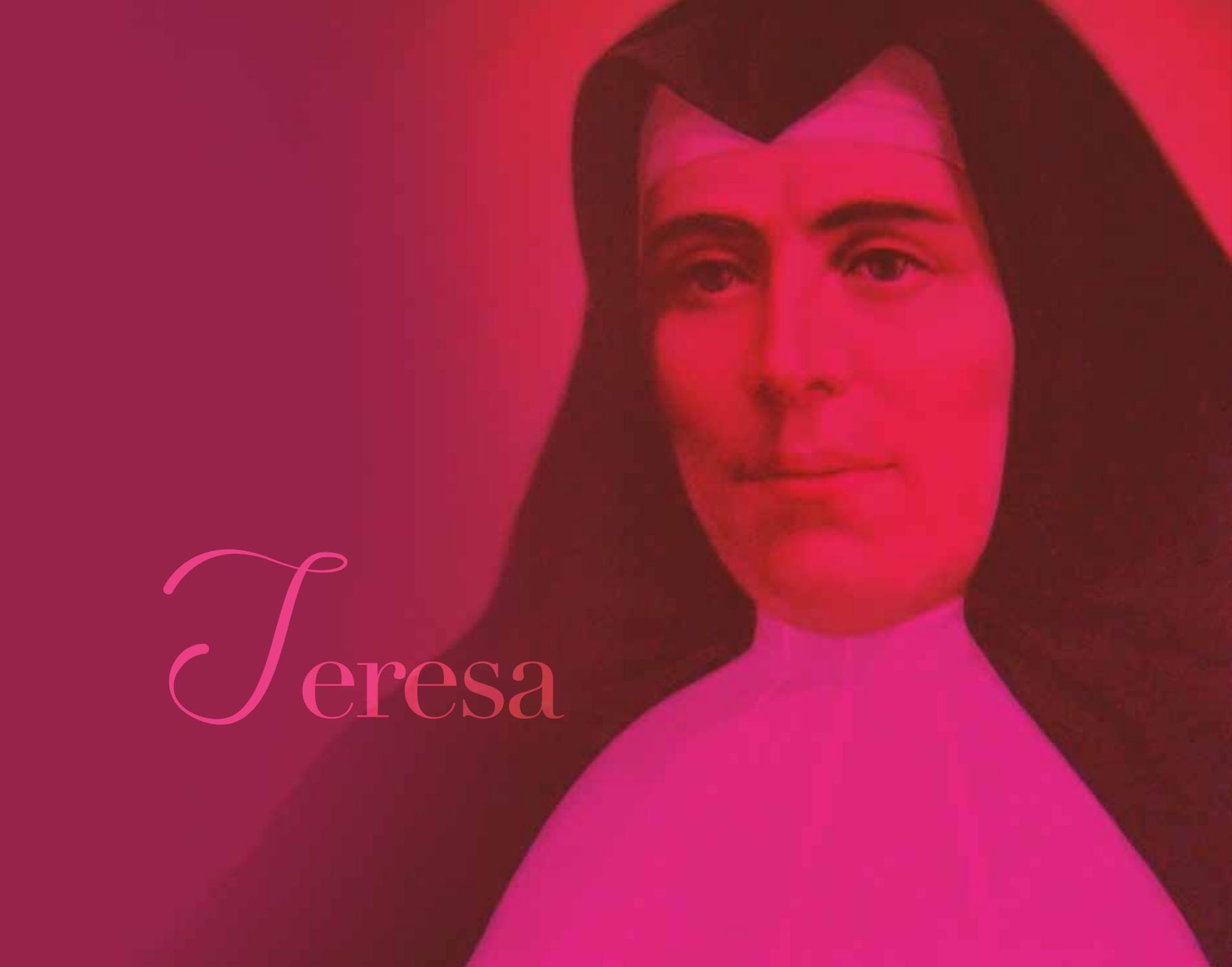
salvo las fotos de las páginas:

9.- © Alexlukin, 63.- © Dudlajzov, 70.- © Alfonso d' Agostino, 71.- © Boris, 76. - © Fotografix,
84/85.- © Benoit Bronner, 96. - © Richard Johnson

© Sadifa Media, 2016 - Derechos reservados - prohibida su reproducción
ISBN : 978-3-88786-568-9



Saturnino y Teresa desde el corazón de Dios



*T*eresa

Una aventura fascinante

Como sacerdote, primero, y como obispo, después, me precio de haber mantenido una relación cercana y cordial con las Hermanitas de los Ancianos Desamparados en diversos lugares. Tal vez por ello, y por motivos de amistad, la autora de esta preciosa y sugerente obra, María Dolores de Miguel Poyard, me pide un breve Prólogo, especialmente dirigido a los más jóvenes. Lo hago con gusto.

Comienzo narrando una experiencia que me marcó profundamente: en el año 2003, miles de jóvenes de toda España tuvimos la gran suerte de poder escuchar, en Cuatro Vientos (Madrid), al Papa Juan Pablo II. Aquel anciano, con alma joven, proclamaba entusiasmado que había merecido la pena dedicar toda su vida al servicio de Jesucristo y de los demás; que había merecido la pena, en definitiva, decir "Sí" a la vocación sacerdotal.

Desde mi propia experiencia te confieso que lo más importante en nuestra vida se va entretejiendo con el "Sí" que vamos dando a todo aquello que merece la pena; como lo hicieron santa Teresa Jornet y D. Saturnino López Novoa. Sí, al amor sincero; sí, a la solidaridad y fraternidad; sí, al esfuerzo aunque implique sacrificio; sí, a descubrir aquello que aún no sabemos y necesitamos saber...



Decir "Sí" implica ejercer la libertad auténtica: liberarse "de" ataduras, "para" encarnar valores auténticos y, siempre, "con" los demás. No se puede ser libre en solitario.

Algo te puede llamar la atención: tú y yo, como los santos, somos capaces de decir "Sí" porque, antes, otras personas dijeron "Sí" y apostaron por nosotros. No sé si eres consciente de que todo en tu vida es un don, un regalo. Dice magistralmente San Agustín: «¿qué tienes en ti que sea tuyo y no regalado?... Tan sólo una cosa: el 'sí' de tu libertad, única y muy personal».

Sin duda, la pregunta cuando eres llamado por Jesús, se puede formular de esta doble manera: "¿Para qué se me llama?... y ¿me hará feliz?". La respuesta a lo primero no puede ser otra: Jesús te llama a lo mismo que llamó a sus primeros discípulos hace más de dos mil años: a ser su amigo. Y esto comporta : estar muy cerca de Él; hacer comunidad fraterna con los demás hermanos llamados por Él; y ser enviado a anunciar la Buena Noticia. ¿No te parece apasionante esta misión y este estilo de vida?...

Y la respuesta a la segunda cuestión te la facilita el Papa Benedicto XVI cuando te dice: «*Quien se encuentra con Jesucristo no sólo no pierde nada, sino que gana todo*».

Y me atrevo a añadir: Jesucristo es la Verdad que colma tu entendimiento; es la Belleza que alegra tu corazón; y es la Bondad que hace buenas las obras de tus manos.

No tengas miedo a decir “*Sí*”, te sentirás plenamente feliz y realizado. No te hablo por hablar o por decirte cosas bonitas. Conozco muchos jóvenes que han dado este paso. Sin ir más lejos, las Hermanitas de los Ancianos Desamparados: a lo largo de decenios, han respondido con un “*Sí*” total, que ha colmado con creces los deseos de su corazón; porque el Señor nunca se deja ganar en generosidad.

A los jóvenes os suelo preguntar: “*¿Para quién estáis haciendo vuestra vida?*”...

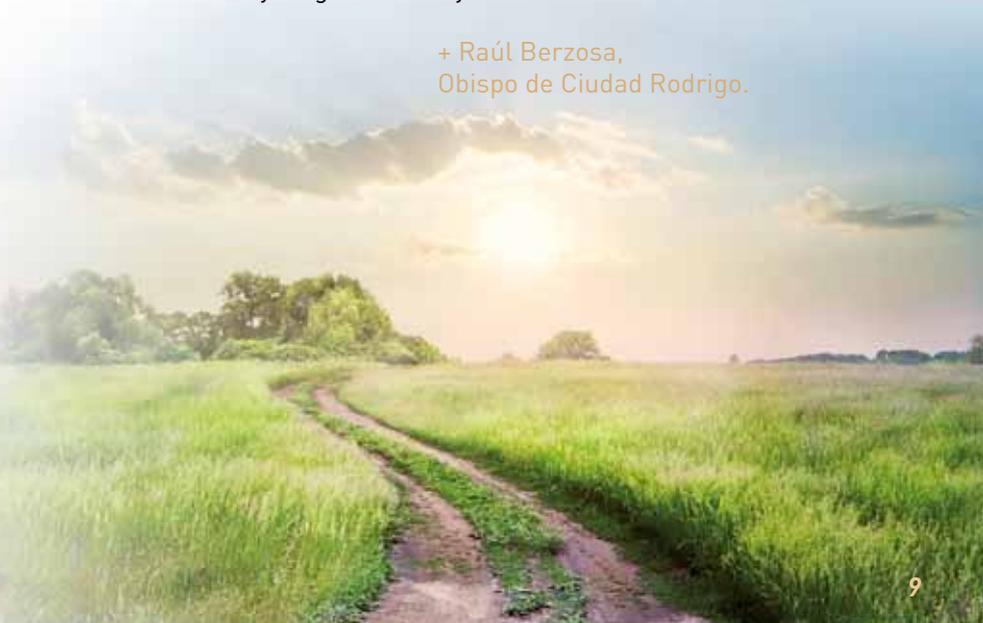
Si la hacéis sólo para los hombres, entonces pisad, subid, enriqueceos... Y tal vez aparecerá vuestro nombre en los periódicos, en las revistas del corazón, e incluso en los libros de historia. Pero, si queréis hacer historia para Dios y que vuestro nombre se escriba en el libro de la Vida, el camino es otro. Implica “*dejar a Dios ser Dios en vuestra vida*”, ser personas de paz y de reconciliación, saber perder muchas veces, dar una y otra vez nuevas oportunidades a los demás y perdonar...



Aunque os llamen “*desfasados o ingenuos*”... Porque seréis “*signo de contradicción*” e iréis contracorriente muchas veces... ¡Sin miedo! ¡Con la misma alegría y fortaleza de santa Teresa Jornet y D. Saturnino López!

Concluyo asegurándote, desde mi propia experiencia, que merece la pena decir “*Sí*”. Pero también te confieso que, cada día, le pido al Señor de la llamada que me ayude a serle fiel, que no me deje de su mano, porque soy débil. En definitiva, y esto es lo más hermoso, cuando dices “*Sí*” a Jesús, Él mismo te conduce y apuesta por ti hasta el final, hasta vivir con Él para siempre. Esta es la maravillosa aventura y el gran secreto de nuestra vocación y de nuestra vida; y la de los santos cuyas vidas se narran en este libro. Gracias, amigo/a, por atreverte a decir “*Sí*”. Fíate de Él, de Jesucristo, y de la Iglesia que siempre te acompaña. Y, ojalá, te llame a formar parte de la gran familia de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Una forma de vida y un carisma muy actuales y necesarios para la sociedad y la iglesia de hoy.

+ Raúl Berzosa,
Obispo de Ciudad Rodrigo.



Contexto histórico

La historia de la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados hunde sus raíces en el Corazón de Dios. El Amor de Dios es desbordante y hace maravillas en quien se deja hacer por Él. Saturnino López Novoa y Teresa de Jesús Jornet le abrieron sin condiciones las puertas de su corazón. Por eso hoy su luz nos ilumina.

Esta bonita historia de Amor y Fidelidad del Señor comenzó en España en el siglo XIX. En este tiempo, nuestro país vive uno de los periodos más duros de su historia. Los graves conflictos políticos y las continuas guerras lo tienen sumido en una profunda crisis económica y social.

En 1830, cuando nace D. Saturnino, España está bajo el lamentable reinado de Fernando VII. A la muerte del rey, en 1833, se recrudecen las persecuciones contra la Iglesia.

En 1834 y 1835 tiene lugar uno de los episodios más sangrientos: se asesina a decenas de religiosos y se saquean numerosos conventos. Y de **1836 a 1837** se produce la desamortización de los bienes eclesiásticos, decretada por Mendizábal.

En 1843, cuando nace Teresa, comienzan los 25 años de reinado de Isabel II.

Se suceden las guerras carlistas y continúa la desamortización. El bienio progresista de **1854 a 1856** agrava el anticlericalismo: se suprimen todos los conventos de menos de 12 religiosas y se prohíbe admitir a nuevas novicias.

España se sume aún más en la inestabilidad hasta desembocar en el sexenio revolucionario (1868-1874), marcado también por la hostilidad contra la Iglesia.

En 1871, es proclamado rey Amadeo de Saboya, quien, desbordado por la situación tan conflictiva de España, renuncia al trono en 1873 y se proclama la República. Vuelven a estallar las guerras carlistas en el Norte de España y diversas regiones del centro y del sureste español se declaran independientes.

En este siglo de hundimiento político y económico, y de persecución religiosa, crece firme la vocación del venerable D. Saturnino y de santa Teresa Jornet, expresión de su profunda experiencia de Dios. Así lo anuncia el profeta: «*Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas. Volarán como las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán*» (Isaías 40,31). Y en pleno sexenio revolucionario, en octubre de **1872**, lejos de amilanarse por las dificultades, se embarcan en la fundación de una nueva Congregación, la de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados.



El Señor les habla al corazón en medio de las pruebas



Teresa y Saturnino nacen en familias, provincias y años distintos. Pero el Señor los va conduciendo amorosamente por caminos similares llamados a encontrarse: los dos tienen la suerte de nacer en hogares de hondas raíces cristianas; son los primogénitos de sus familias y el Señor les habla al corazón siendo aún muy niños; les ayuda a afrontar, con serenidad y esperanza, los acontecimientos dolorosos de la vida.

Sensibles e inteligentes, encuentran desde muy pronto, en Jesús y María, la fuerza y el apoyo que necesitan; y ya nunca querrán otra cosa. Además de sus padres, les influyen decisivamente en su vida de fe, los testimonios de fe heroica de sus tíos. Y ya en su madurez, la experiencia desbordante del Amor de Dios en sus vidas, les llevará,

en docilidad al Espíritu, a colaborar en la misma misión de salvación de Jesús, concretada en el servicio a los ancianos desamparados.

Su corazón arde de tal manera por la bondad y misericordia de Dios, que ya sólo tendrán un deseo: que Él sea el único Señor de sus vidas, vivir sólo por Él y para Él. Es la mística trinitaria de los contemplativos en la acción, la Trinidad que inflama de Amor su corazón y los envía, radiantes de alegría, a trabajar en la misma misión de Cristo: con los ancianos desechados por *"la cultura del descarte"*, rostros vivos del Cristo sufriente hoy y acogidos bajo el manto de Nuestra Señora de los Desamparados, la Madre de los pobres.

Así lo resume santa Teresa Jornet:

«Dios en el corazón,
la eternidad en la mente
y el mundo bajo los pies»

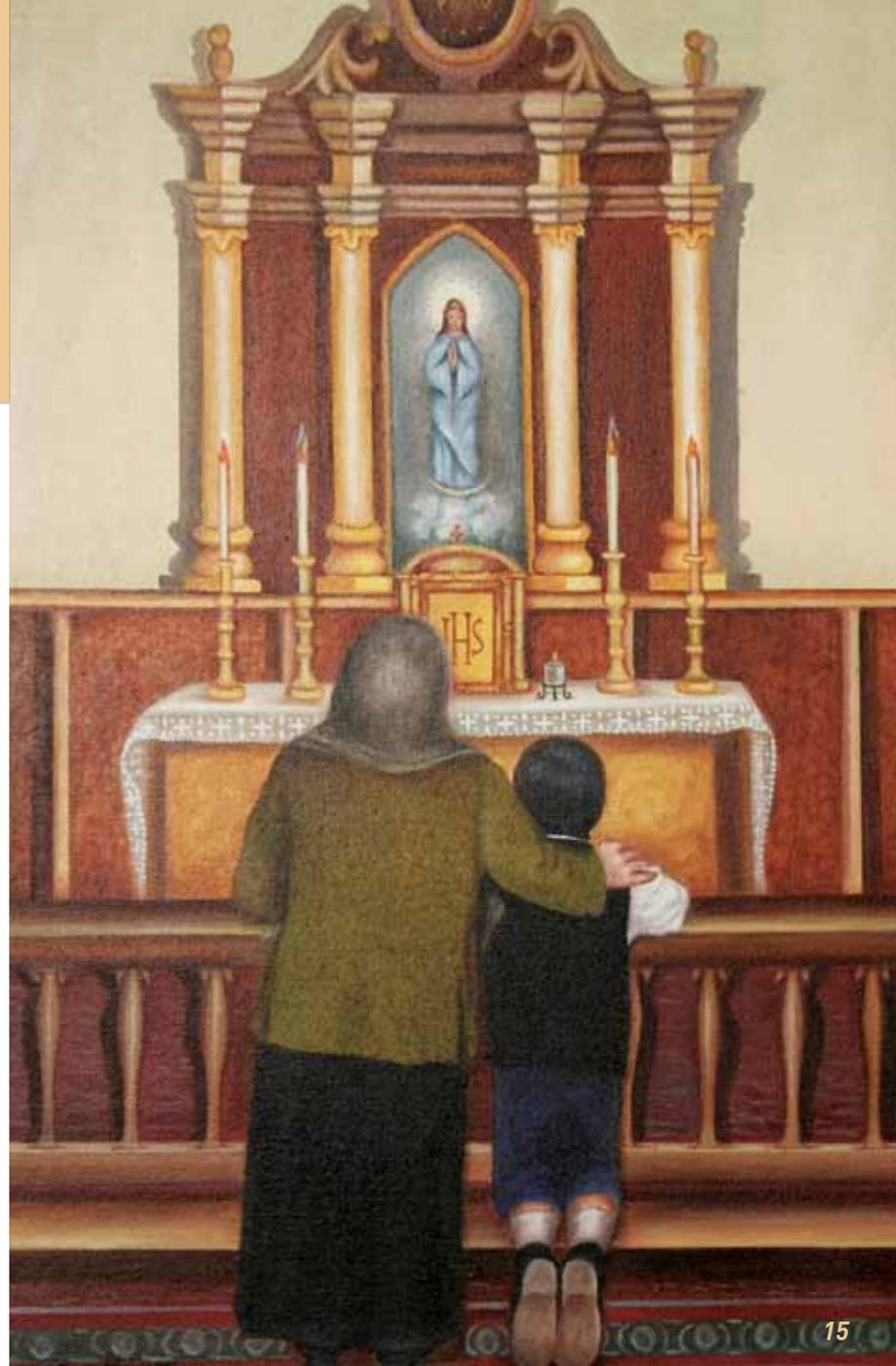


Saturnino y Teresa, una infancia vivida en el amor a Dios y a los pobres

Saturnino nace en Sigüenza el 29 de noviembre de 1830. De sus padres aprendió el amor a Dios y al trabajo bien hecho. Su padre, como él mismo escribe, les acostumbró *«desde muy niños a prácticas devotas, como el Rosario, que siempre se hacía en familia, la frecuencia de Sacramentos y otras»*. Su madre era de corazón bondadoso y muy virtuosa, vivía totalmente dedicada al cuidado y educación de sus hijos. Pero *«el Señor quiso llevársela para sí, en temprana edad y cuando más necesarios eran sus cuidados a sus hijos... y tan querida fue por sus virtudes (...) que luego de haber expirado, no se oía en el barrio otra voz que la de 'ha muerto la santa'»*.

Saturnino tenía entonces tan sólo cuatro años. En la fe de su familia, su corazón de niño aprendió a integrar el dolor con serenidad y esperanza. El recuerdo vivo de la bondad de su madre lo acompañará siempre.

A partir de ahora, su tía abuela Manuela ayudará generosamente a su padre en la educación de los niños: Saturnino y su hermano Silverio, de dos años de edad. Fue para ellos como una segunda madre y, tan virtuosa y caritativa con los pobres, que Saturnino la considerará siempre decisiva para su vida de fe: *«Siempre he tenido por uno de los más señalados favores recibidos de Dios el haberme proporcionado para mi crianza y educación a una persona tan virtuosa»*.





Cuatro años después, el padre de Saturnino se casa y la tía Manuela se traslada con el niño a Berlanga de Duero, a casa de su hijo Basilio, recién ordenado sacerdote: *«D. Basilio cuidaba de mi instrucción literaria, y su Sra. Madre, que también puedo llamar mía, atendía con toda solicitud a mi educación, basando ésta en los principios de nuestra Santa Religión y de la piedad cristiana. Me acostumbró a oír la Santa Misa todos los días, a rezar el Santo Rosario, práctica que no se dejaba un sólo día, (...) y al ejercicio de la caridad con los pobres, que era la virtud más saliente de Dña. Manuela».*

A ella **«le debo los sentimientos de caridad para con los pobres»**, nos dice mientras recuerda sus palabras: *«Hijo mío, los pobres han de hacernos ricos».*

Esta frase le marcó de tal manera, que, más adelante, se la repetirá constantemente a las Hermanitas.

«Me acostumbró de tal manera a tener amor a los pobres, que yo no tenía otros amigos, que dos muchachos muy pobres, llamados Tomás y Luis. Procuraba guardarles (...) los dinerillos que me daba mi señora tía, quien no ignoraba la inversión que les daba».

En este ambiente de fe comprometida, el Señor iba inundando de luz a este niño llamado a ser sacerdote: *«Os daré pastores según mi corazón»* (Jer 3,15). Y así, en 1842, con casi 12 años, ingresa en el seminario.

Un año después, el 9 de enero de 1843, y a la hora del Ángelus, como premonición de su profundo amor a la Virgen, nace Teresa en Aytona (Lérida). Sus padres destacan por su generosa caridad. Y la bautiza su tío abuelo, el padre Francisco Palau y Quer, joven carmelita descalzo venerado por todos. Por la persecución religiosa, vivió exclaustrado y padeció la prisión y el exilio.

Será beatificado por san Juan Pablo II.

Además de Teresa, la familia tiene la alegría de ver nacer otros cinco hijos más: Josefa, Filomena, María, Juan y José. Pero son tiempos de elevada mortalidad infantil, y Filomena y José mueren de recién nacidos. Teresa, en ambos casos, tiene ya uso de razón; cuando falleció el niño, ella era ya una adolescente. La experiencia tan temprana de la muerte será para ella una llamada a centrar su corazón en Dios, el único que tiene *«palabras de vida eterna»*.

Al nacer Juan, la tía Rosa, mujer de fe profunda y acendrada, obtiene el permiso para llevarse consigo a Teresa para darle estudios en Lérida, donde estará hasta los catorce años.



La niña es muy inteligente y responsable, y la estancia con su tía le sirve para progresar no sólo académicamente: el dolor por la separación de sus padres y hermanos, y la intensa vida de piedad de su tía le ayudan a forjar un corazón recio y fuerte en las dificultades, confiada en la Providencia amorosa de Dios que todo lo dispone con sabiduría.

Durante las vacaciones vuelve a Aytona con su familia. Allí se encuentra con su tío carmelita, convertido para todos en testigo vivo de santidad. Su entrega y fortaleza se grabarán a fuego en el corazón de Teresa.

Los domingos es ella quien lidera a sus amigas para ir a Misa y asistir a los diversos actos de piedad. Ellas la siguen encantadas, valoran sobre todo su bondad y sencillez.

Acabados sus estudios en Lérida, su familia la envía a Fraga para estudiar Magisterio. Y obtenido el título, aprueba las oposiciones y le dan la plaza de la escuela de Argensola, en la provincia de Barcelona. La acompaña su hermana María, con quien comparte vida y fe. Más adelante seguirán unidas como Hermanitas cuando se funde la Congregación.

De esta etapa como maestra nos ha quedado un bonito testimonio.

Una Hermanita, que muchos años después fue a Argensola a pedir limosna, cuenta cómo hablaban de ella «*con grandes alabanzas*» por su entrega y paciencia sobre todo con los más pobres; y por su vida de piedad: todas las semanas recorría 20 kilómetros a pie para ir a Igualada a confesarse.

Para Teresa es un testigo clave en su vida de fe, junto con otros dos tíos abuelos, su tía Rosa y sus padres.

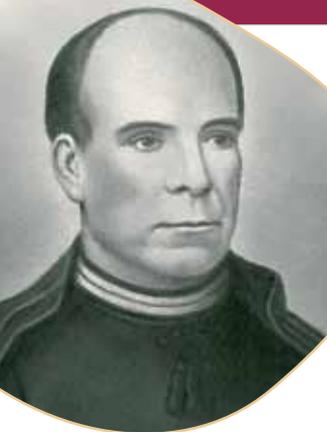
Propiciaron en ella el desarrollo de una fe probada y un amor a los pobres que la guiarán toda su vida.

De su infancia se nos ha transmitido una anécdota bien expresiva: la generosidad de su familia con los necesitados era habitual, pero la niña va aún más allá; no contenta con entregarles donativos, en alguna ocasión provocó el desconcierto de los suyos al llevarles a comer a su casa. Todo ello no era sino reflejo de la sobreabundancia del Amor de Dios que se derramaba desbordante en su corazón.

El Espíritu Santo, invocado por la Iglesia como padre amoroso del pobre, alienta su vida. En los pobres aprende a amar a Dios. En ellos el Señor le pide de beber como a la samaritana, para inflamarle el corazón en su Amor. Y Teresa beberá desde niña el agua que salta hasta la vida eterna. Así lo testimonian cuantos la conocieron: «*Se la vio siempre buena e inclinada a la piedad*». Experimenta el amor de predilección del Señor. Por eso se abandona confiada y se deja hacer por Él.



Llega la noche oscura. Señor, ¿qué quieres de mí?



**«El que no
sabe sufrir
no sabe vivir»**

El P. Francisco, el tío de Teresa, movido por su celo pastoral y las circunstancias históricas de España, funda el Instituto de Hermanas Terciarias Carmelitas. Quiere unir la vida contemplativa, propia del Carmelo, con las obras de caridad y el apostolado de la enseñanza.

Y, dadas las cualidades de Teresa y su condición de maestra, le encarga en 1862 la dirección de todo lo relativo a las escuelas.

Dos años después, se recrudece la persecución contra la Iglesia; y Teresa, lejos de arredrarse, experimenta cómo crece en ella la seguridad de que el Señor la quiere plenamente consagrada a Él en la vida religiosa. Dócil al Espíritu, en 1868, el año de la Revolución que tanto daño hizo a la Iglesia, ingresa feliz en el monasterio de Clarisas de Briviesca (Burgos).

Y le encargan dar clase en la escuela que las monjas se habían visto obligadas a abrir por la prohibición gubernamental de la vida puramente contemplativa. Una de sus alumnas recordará siempre su extraordinaria dulzura.

La felicidad que Teresa experimentaba en el monasterio se vería inesperadamente truncada: le salió en la frente una postilla maligna y contagiosa que no se curaba; a pesar de cuánto la valoraban sus Superioras tuvieron que acabar admitiendo que el Señor parecía tenerle reservado otro destino. Años después de morir Teresa, unas Hermanitas visitaron el monasterio de Briviesca y pudieron escuchar cómo las clarisas la recordaban como una auténtica santa.

En Aytona se restableció de su herida, pero seguía experimentando cómo el Señor la quería toda para Él. Y mientras tanto, aceptó la invitación de su tío a seguir colaborando con él en el apostolado de la educación.





**«El que quiera
gozar con Cristo
ha de padecer con Él»**

En 1870 tres miembros de su familia tendrán la gloria de sufrir la prisión por su compromiso cristiano: su tío Francisco (con unos treinta religiosos más), su tía Rosa y María, su hermana pequeña. A estas las liberan pronto pero no así a los religiosos. Lejos de desanimarles, la cruz es ocasión de afianzar aún más su fe: *«¿Quién nos separará del amor de Cristo?»* (Rm 8,35). Esta confianza imbatible que ha visto en su familia se grabará fuertemente en su espíritu y la acompañará siempre. Así lo repetirá ella a sus hijas: *«El que no sabe sufrir no sabe vivir»*. *«El que quiera gozar con Cristo ha de padecer con Él»*.

Mientras tanto, Teresa asume las riendas de las escuelas con una única recomendación de su tío: *«Obrad como el Espíritu Santo os dicte»*. En medio de la tormenta, aprende a abandonarse en la seguridad de que, por fuertes que sean los vientos, el Señor gobierna todo con sabiduría. El Espíritu encuentra en ella un corazón deseoso de acogerlo, y Él actúa a su estilo: derrama sus dones sobre ella desbordantemente.

Así lo ve también su tío, que siempre dice de ella: *«Reúne muchas buenas cualidades»*. Y a ella le dedica también sus últimas palabras antes de morir: *«Teresa, ésta es la hora»*.

La muerte de su tío es otra prueba dura: la obra de las Terciarias se desestabiliza, y Teresa, en 1872, tras diez años de búsqueda de la vocación de Dios para ella, tiene que volver a Aytona sin tener nada seguro. Pero el Señor se le iba a hacer presente de forma inesperada.

Sacerdote según el corazón de Dios



Saturnino había ingresado como alumno externo en el Seminario de Sigüenza. Vuelve, así, a casa de su padre y experimenta directamente la pobreza: su padre, *«hombre verdaderamente cristiano, honradísimo y cabal»*, se había quedado sin trabajo por las leyes desamortizadoras.

En 1846, Saturnino, alumno brillante, consigue una beca e ingresa en el Seminario como alumno interno. Como él mismo dice, se dedica a sus estudios no *«para ostentación, sino para edificación»*.

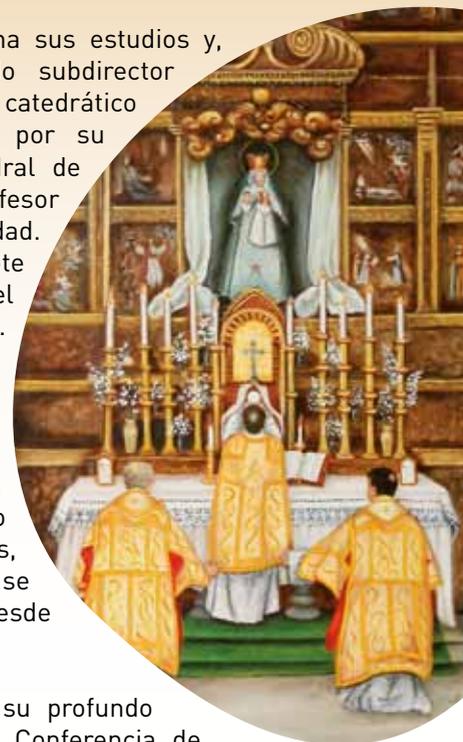
Las vacaciones las pasaba con sus tíos en Berlanga. En 1849 muere santamente su tía Manuela: *«Los sollozos y lágrimas de los pobres, daban testimonio evidente del sentimiento profundo que les había causado la pérdida de su insigne bienhechora»*.

En 1852, con 21 años, termina sus estudios y, dada su valía, es nombrado subdirector del Seminario de Sigüenza y catedrático de latín. En 1853, llamado por su tío Basilio, deán de la catedral de Barbastro, se traslada como profesor al Seminario de esta ciudad. Y en 1855 es ordenado sacerdote y celebra su cantamisa en el Santuario de Ntra. Sra. del Pueyo. La elección de un santuario mariano refleja su acendrado amor a la Virgen.

En este mismo año, nombran Vicario Capitular de Barbastro a su tío Don Basilio y después, obispo de Huesca. Saturnino se quedará a trabajar con él desde **1855 a 1870**.

En este tiempo, movido por su profundo amor a los pobres, funda la Conferencia de San Vicente de Paúl, de Señoritas. Y lo conjuga con su actividad intelectual. Así, por ejemplo, publica, entre otros libros, la *Historia de la Ciudad y Diócesis de Barbastro*, una obra de investigación extraordinariamente documentada. Su objetivo último era enseñar *«el camino de la virtud con los ejemplos de los que ya pasaron»*.

En su labor pastoral experimenta la ayuda especial de la Santísima Virgen. Él mismo cuenta cómo el escapulario de la Virgen del Carmen, dejado bajo la almohada de un moribundo que se negaba a confesarse, consigue ablandarlo y su confesión final.



Y, en otra ocasión, siendo arrastrado con un criado por la corriente de un río en crecida, se salvan milagrosamente tras haber invocado a María.

En 1862, se traslada a Huesca con su tío D. Basilio, que había sido nombrado obispo de allí. Éste tiene en su sobrino un fiel y eficiente colaborador, y delega en él las más diversas tareas de responsabilidad. Pero D. Saturnino tiene, en medio de todo, muy presentes a los pobres. Así, funda en 1866 la Casa de Estudiantes pobres de Huesca, para los niños que, teniendo vocación, no podían ir al Seminario por falta de medios económicos. La Casa funcionó a pleno rendimiento hasta que fue cerrada por la persecución a la Iglesia de los años posteriores. Su celo pastoral le lleva a promover la fundación de la Conferencia de San Vicente de Paúl en diversas poblaciones de la diócesis de Huesca. Estas Hermandades son un medio de santificación de sus miembros y de caridad con los más necesitados. Para ello es imprescindible la formación espiritual de los laicos, por eso les escribe un Reglamento para orientar su apostolado; porque el fin último ha de ser el bien espiritual de los pobres. Y funda también la Casa de asilo para niñas pobres.

En 1868 es exiliado, junto con su tío, a Zaragoza, por la revolución de 1868. Un año después, vuelven a Huesca *«siendo recibidos en medio de una inmensa ovación, tributada por la Ciudad en justa protesta de la injusta medida tomada por la Junta»*.

En noviembre de 1869 acompaña a D. Basilio a Roma, al Concilio Vaticano I. Estando allí, D. Basilio cae enfermo y muere santamente, atendido por D. Saturnino. Era el mes de febrero de 1870.



El Señor los espera en los ancianos desamparados



«Contribuir
al alivio
de la clase
menesterosa...»

A D. Saturnino, ya estando en Barbastro, le había conmovido profundamente el desvalimiento y pobreza de tantos ancianos que vivían y morían sin el cariño y atenciones de una familia. Su celo pastoral y su amor a Dios en los pobres es tan grande que, en agosto de 1871 viaja a Lérida para contactar con las Hermanitas de los Pobres, la Congregación fundada en Francia por Santa Juana Jugan.

Y en octubre de este mismo año les cede en usufructo en Huesca la casa de su propiedad, que antes había dedicado a la Casa de Estudiantes pobres, cerrada por la Revolución de 1868. Quiere «contribuir al alivio de la clase menesterosa..., dar asilo en ella a las personas ancianas y desvalidas de ambos sexos que permitan ya la calidad del edificio, ya los recursos». Y para acondicionar el edificio invierte generosamente 120.000 reales.



Y el Espíritu le conduce aún más allá. En la Navidad de 1871, la tía Ordina, una señora anciana a quien él ayudaba económicamente, cae gravemente enferma. D. Saturnino, al ver la miseria en que vivía, decide, movido por su gran corazón y su amor a los pobres, llevársela a su casa.

Le cede su propia habitación y allí muere bien atendida y acompañada. Pero a D. Saturnino este hecho no le deja tranquilo y comienza a discernir con el Señor desde lo profundo de su corazón.

Él mismo nos cuenta cómo el Espíritu le va guiando en su interior: «Pensando en lo ocurrido con ella, principié a discurrir del siguiente modo: 'Vea Vd., me decía a mí mismo, si lo que se ha hecho con esta pobre mujer pudiera hacerse con tantos otros ancianos pobres y abandonados a sí mismos, que careciendo de todo recurso y asistencia, llegan a morir sumidos en la mayor tristeza, ¡Cuan aceptable no sería por Dios Nuestro Señor, la obra de recogerlos, cuidarlos y asistirlos!' (...) y a los pocos momentos me asalta la idea de lo conveniente que sería la fundación de un Instituto religioso de mujeres, que tuviera por objeto recoger a ancianos pobres y desvalidos de ambos

sexos, cuidarlos y asistirlos en lo espiritual y corporal, preparándolos para una buena muerte.

'Pero esto, me decía, es una grande empresa, y yo no podría realizarla'.

Sin embargo, la idea concebida en aquella tarde me fue persiguiendo cada día más, y a pesar de mi intento en desistir de ella, siempre volvía a presentárseme con mayor vehemencia...»

Así es como, después de orar, discernir y pedir consejo al P. Gació, S.J., su director espiritual, decide embarcarse en una obra que acabará siendo una nueva Congregación: la de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Él valoraba mucho a las Hermanitas de los Pobres pero

ve que los ancianos españoles pueden sintonizar mejor con unas Religiosas de su tierra que con las francesas. Y decide iniciar su proyecto en Barbastro para no interferir la obra de las Hermanitas de los Pobres, presentes en Huesca. Comienza a redactar las Constituciones de la nueva Congregación y pide ayuda a su amigo, el sacerdote D. Pedro Llacera, para encontrar a mujeres dispuestas a consagrarse a Dios en esta nueva obra.

En el verano de 1872, D. Saturnino, asesorado por los Padres Puig, S.J., y Gavín, C.M.F., trabaja sin descanso para redactar las Constituciones de su nueva Congregación. Movidó por el Espíritu, hay días que se levanta hasta siete veces por la noche para añadir alguna nueva anotación a los textos.



Una luz les brilló



En este mismo año, tienen lugar dos encuentros extraordinariamente providenciales: D. Saturnino conoce a Teresa y a D. José M^a Jaldero, secretario de una Asociación de Católicos de Valencia, creada en 1871 y cuyo primer proyecto era fundar un asilo para los ancianos abandonados. La Asociación había contactado, en principio, con las Hermanitas de los Pobres; pero, al final, se frustra el proyecto; y Jaldero acude a conocer el asilo de Huesca, regentado por las Hermanitas de los Pobres y promovido por D. Saturnino, quien le habla de su proyecto de fundar una nueva Congregación española, dedicada al cuidado de los ancianos desvalidos. Ambos ven providencial el haberse conocido y deciden trabajar juntos: la Asociación se compromete a ayudar económicamente, y D. Saturnino accede a enviar a las Hermanitas a Valencia, donde estará la Casa Madre.

Para todos es motivo de gran alegría. Jaldero lo expresa así: **«Nos parece todo lo ocurrido una cosa providencial y como un buen augurio de que el Señor está propicio... Varias jóvenes deseosas de ser admitidas y no pocos pobres. ¿Qué falta pues?»**

Por su parte, Teresa había acompañado a su madre al balneario de Estadilla; y, a su regreso, se detienen en Barbastro, donde conocerán a D. Pedro Llacera. Éste, viendo la disposición de Teresa, no duda en hablarle del proyecto de D. Saturnino. Teresa ve en este encuentro la confirmación de la llamada de Dios a entregarse plenamente a Él, y se ofrece sin reservas. Está encantada «en extremo» al saber que la Congregación es «a gloria de María y en honor de S. José». Al padre Llacera le escribe feliz con el carisma: «Prefiero vivir de la Providencia, que no de las rentas. En cuanto a lo que me dice de ir a Huesca, para mí todo es patria. Soy hija de obediencia. El obedecer es mi dicha. Por tanto, puede disponer como una niña que se pone en manos de su madre, sin ningún temor. Lo mismo le dice esta indigna esclava de María. En cuanto al venir estoy dispuesta cuando Vd. quiera, pero faltan 6 días para la feria y mi madre tendría muy grande disgusto si me marchara.



Espero podré complacer a la que después de Dios debo todo mi cariño». Y queda, además, en animar a su hermana María y a una amiga a ingresar con ella.

D. Pedro escribe a D. Saturnino que ya tiene preparadas seis candidatas. De las seis, dos son las hermanas Jorget.

D. Saturnino alquila en Barbastro la Casa Pueyo y allí, el 3 de octubre, víspera de san Francisco de Asís, entran las cinco primeras postulantes; y el día 11, víspera de la Virgen del Pilar, y tras encomendarse a los Sagrados Corazones de Jesús y María, ingresarán otras cinco; entre ellas, Teresa, su hermana María y una amiga, Mercedes.

La comunidad inicia su andadura tras unos Ejercicios Espirituales dirigidos por el P. Puig, S.J., quien, refiriéndose a Teresa, pondera sobre todo, su "gran corazón".

D. Saturnino nombra Superiora a Teresa y le entrega las Constituciones. Reconoce sus profundas virtudes: *«Las cualidades de discreción, sensatez y prudencia que le reconozco, me hacen tener fundada la esperanza de que sabrá llenar cumplidamente tan importante como delicada misión. Comprende Vd. muy bien cuántos sacrificios exige siempre el cargo de Superiora de una Comunidad, puesto que ha de presentarse a las demás como modelo y ejemplar en todo y por todo».*

Pero sobre todo, confía en el Señor de quien procede todo bien: *«No hay que intimidarse, porque si es cierto que nada valemos por nosotros mismos, la gracia y virtud divinas pueden y valen mucho: lo pueden todo».*

Y él mismo se retira de todo protagonismo humildemente: *«Contando a la vez, como Vd. puede contar, no sólo con mi pobre consejo, sino con el de los ilustrados y celosos sacerdotes puestos a la inmediata dirección de Vds».*

Y las acompaña en la distancia: *«Llamado por Dios, sin mérito alguno de mi parte y por solo un efecto de su divina bondad, para fundar el Instituto caritativo religioso al cual pertenecéis, he considerado siempre un deber mío corresponder a tan especial e inmerecida merced, cooperando a la organización y desarrollo del mismo en cuanto me ha sido posible».*



La Congregación nace apoyada en la gracia de Dios y en la santa humildad de los dos Fundadores. Así lo subraya también Teresa: «Padre,

mucho tengo en meditación las palabras que Vd. me dice: que se necesita mucha virtud para dar buenos ejemplos a las Hermanitas. Cabalmente, Padre, en mí no hay nada de eso, porque soy la más ruin de todas sus hijas. (...) Pero con todo, a pesar de mi insuficiencia, (...) tengo la satisfacción, aunque indigna, de ponerme en todo cuanto Vd. quiera a las órdenes de Vd.»



El Señor bendice los primeros pasos de la comunidad: «En Barbastro están locos con las nuevas Hermanitas. Dios ha permitido que, en medio de los aciagos tiempos que atravesamos, se haya hecho sin grandes dificultades la fundación de un Instituto religioso caritativo, que tanto bien puede dispensar a la pobre humanidad».

El 27 de enero de 1873 se celebra la toma de hábito de las diez aspirantes. D. Saturnino, dada su humildad, no está presente. Teresa, al ver que el celebrante elogia al Fundador, escribe: «Estamos muy agradecidas porque nos puso a nuestro dignísimo P. Fundador en el sitio que le corresponde».

Arden en deseos de entregarse a la misión: «Padre, estamos esperando el aviso con grande ansia para poder ir a trabajar entre los pobres».

Dos semanas después, se proclamará la 1ª República; pero Saturnino y Teresa saben quién conduce la obra y nada temen: «No hay que espantar, Padre, que si Dios nos guarda, los hombres no pueden nada».



«No hay que espantar, Padre, que si Dios nos guarda, los hombres no pueden nada»

Bajo el manto de Nuestra Señora de los Desamparados

La Casa Madre que les esperaba en Valencia estaba situada providencialmente en la plaza de la Almoina, al lado de la catedral, del Palacio Arzobispal y de la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados.

La inauguración se prepara para el 11 de mayo de 1873, fiesta de esta Virgen. D. Saturnino ve en todo ello la confirmación de que la Madre de los Desamparados acepta ser la patrona de la Congregación. Y san José y santa Marta serán los santos protectores.

D. Saturnino acompaña a las Hermanitas a Valencia. Su primera visita es a la Virgen, para encomendarle la fundación. La gente da *«testimonio evidente de su simpatía a la Institución, dispensando a las Hermanitas todo género de atenciones y deferencias; así como de sus buenos sentimientos caritativos, depositando limosnas en beneficio de la Casa»*.

Aparte de la generosidad de las gentes y del celo apostólico de Jaldero, D. Saturnino contará con el inestimable apoyo del Cardenal Arzobispo de Valencia, Mariano Barrio; y sobre todo, del secretario de éste, el Padre Francisco García, que, en estrecha colaboración con él, actuará como consejero y formador espiritual de las Hermanitas. Su ayuda en estos años fue decisiva, de ahí que sus restos mortales se encuentren hoy en la cripta de la Casa Madre, muy cerca de los de D. Saturnino.

D. Saturnino, viéndolas bien acompañadas, se vuelve a Huesca; dejando, una vez más, todo el protagonismo a solo Dios; solo le interesa ser fiel al Espíritu. Él mismo nos ha dejado numerosos testimonios del único anhelo de su corazón, la santidad : *«Es santo el que es humilde; más santo el que es más humilde; y santísimo el que es humildísimo; porque tanto es uno más precioso a los ojos de Dios, cuanto es más despreciable a sus propios ojos; y tanto más Dios eleva y ensalza a una criatura, cuanto más ésta se abate, humilla y desprecia»*. Cuando se funden nuevas casas, enviará notas a la prensa, omitiendo el nombre del Fundador. Y desde Huesca alentará espiritualmente por escrito a las Hermanitas de cada una de las obras.

La sabiduría de la cruz, accesible sólo al corazón enamorado, será su deseo continuo para cada Hermanita: *«Gócese en los vituperios y estime los baldones, por los que Cristo sufrió; humíllese en las afrentas, pues merece más por sus pecados»*.



Audaces en el espíritu más allá de las dificultades

A pesar de las bombas

En julio de 1873, Nicolás Salmerón es nombrado Presidente de la República; y Valencia y otras ciudades se proclaman cantones independientes. El Gobierno de Madrid ordena bombardear la ciudad y, con la ayuda del P. Francisco, las Hermanitas y los ancianos salen de Valencia hasta agosto, cuando se restablece la paz.

D. Saturnino lo interpreta desde su unión con el Señor: «*Dios les ha permitido, a ustedes ofrecer*



una prueba más de su amor en estos días, haciendo ejercitar su virtud con el sufrimiento». Y continúa su apostolado en la predicación, atención a los pobres y como escritor.

En 1873 publica *Vida cristiana o ejercicios y prácticas del cristiano para alcanzar la virtud*.

La expansión del Instituto deja pequeña la casa de la plaza de la Almoína. D. Saturnino piensa en el antiguo convento de Agustinos Recoletos de Santa Mónica, que, tras la Desamortización, pertenecía a unos particulares.

D. Saturnino, aunque las Hermanitas no tienen dinero y los dueños no están dispuestos a venderlo, reza y confía. Finalmente, la dueña accede a vendérselo.

Entre D. Saturnino, la Asociación de Católicos y las donaciones generosas de gentes de todas las clases sociales consiguen pagarlo.

Era una confirmación de la bendición de Dios a esta obra. Y más, en tiempos difíciles para la Iglesia.



Con una salud muy delicada



La M. Teresa estaba aquejada de una dolorosa enfermedad crónica. Ya en 1875 había tenido que ir al balneario de Almunia; pero no experimentó mejoría. Y aun así, con extrema abnegación, viajando en condiciones penosas, acompaña y dirige las fundaciones del Instituto, que no deja de crecer: en 1874 abren una nueva casa en Zaragoza; y en 1875, en Cabra (Córdoba); en 1876, en Oliva (Valencia), y Burgos; en 1878, siete nuevas casas.

Así lo atestigua una Hermanita: «Yo estuve muy próxima a ella en sus últimos años y conocía apenas por la contracción ligerísima de su

rostro o la ansiedad de sus labios lo que debía sufrir, porque ella no se lamentaba jamás, y si le preguntaba si sufría mucho, me respondía con una amable sonrisa, indicándome que debíamos ser mortificadas y prontas a sufrir».

Y ella misma escribe: «Dígnese el Señor aceptar mis sufrimientos, que ellos redunden en gloria suya y provecho espiritual de mi alma».

Poner en marcha una nueva casa a veces es especialmente duro. Así, en la fundación de Burgos: «Esta tierra es fríasima y como tenemos la casa grande y estamos las dos solas, estamos fresquitas, gracias a Dios». Cuando llega la comunidad, las recibe como una madre: «Han llegado sin percances, gracias a Dios. Están muy contentas y ya me han dicho que tratarán de ser muy buenas. Pobrecitas mías, ¡cuánto las quiero!».

En los primeros días de la fundación, cuando aún no las conoce nadie, la Madre hace siempre la primera postulación para abrir camino y dar ejemplo a sus Hijas.

Y cuando la enfermedad la inmoviliza, se abandona en el Señor: «Habría deseado ir a verlas a todas, porque saben que las amo mucho a todas, pero no me alcanza la salud. Dios sea bendito».

«Dígnese el Señor
aceptar mis
sufrimientos,
que ellos redunden
en gloria suya y
provecho espiritual
de mi alma».



El Señor los bendice con un nombre nuevo

De 1877 a 1882, D. Saturnino y las Hermanitas padecen las presiones de Roma para que se fusionen con las Hermanitas de los pobres. D. Saturnino confía: «*Encomendamos eficazmente el asunto al Señor por mediación de los Santos protectores del Instituto, y esperemos la resolución sin cuidado alguno*». La M. Teresa pide a los obispos de las diócesis donde tienen casas que escriban a Roma certificando la bondad de su Instituto. Y ella envía un Memorial donde explica claramente el origen, objetivo y nombre de la Congregación.

El conflicto se resuelve con la decisión, providencial, de que las Hermanitas reciban un nombre nuevo: «*Hermanitas de los Ancianos Desamparados*», uno de los nombres que había propuesto la santa y que refleja su espíritu y misión. 'Hermanitas' subraya su humildad ante los ancianos desvalidos, sus hermanos mayores.

D. Saturnino se abandona confiado en la Providencia: «*Dios está sobre los cálculos de los hombres, y cuando lo quiere así, es prueba de que conviene*».



Tras la epidemia, la expansión misionera

El hoy Beato Ciriaco M^o Sancha había fundado las Hermanitas de los Pobres Ancianos Inválidos de Cuba. Y en 1876 le propone a la M. Teresa la fusión con su Instituto.

En 1884 el Arzobispo de Cuba insiste en ello. D. Saturnino aplaude la expansión misionera, a pesar de las dificultades.

En 1885 una epidemia de cólera arrasa Valencia y llega también a Huesca. Sólo en santa Mónica fallecen más de 70 ancianos y 24 Hermanitas. La M. Teresa está en Burgos, debilitada por su enfermedad, y sufre de no poder acercarse. D. Saturnino, sin miedo al contagio, visita a los enfermos y distribuye limosnas. La ciudad se deshace en elogios por su caridad y quiere concederle la Gran Cruz de la Beneficencia, él lo rechaza pues no quiere «*condecoraciones ni títulos, pues me basta (...) la santa cruz de Jesucristo*».

Han muerto muchas Hermanitas jóvenes, justo cuando quieren expandirse por América. La M. Teresa adora y confía en el querer de Dios: «*Prueba grande nos ha mandado el Señor; si así ha sido servido, cúmplase su santa voluntad*».

En 1886 llegan las primeras Hermanitas a Cuba. D. Saturnino les escribirá numerosas cartas alentándolas en su nueva misión con todo cariño. Y las anima a «*extender y propagar el Instituto... El procurar una fundación es de mayor importancia que el socorro que se hiciera a gran número de pobres por largo tiempo, porque el que se hace en una casa fundada es para siempre el beneficio que reciben los ancianos (...)* ¡Cuánto me alegra el bien espiritual que proporcionan VV. a los ancianitos! (...) Aunque no fuera más que por ganar una sola alma, daría por bien empleada la fundación del Instituto».

Y recordando a su tía Manuela, les dice: «*Los ancianitos han de hacernos ricos, pues son los verdaderos representantes de Jesucristo, quien nació, vivió y murió pobre*».

La Madre escribe a las comunidades pidiendo oraciones por ellas: «*Pobrecitas, pasarán las Navidades en el mar, sabe Dios cómo, aunque ellas salieron de ésta muy contentas y todas voluntarias, gracias a Dios*». Y muestra su amor de Madre: «*Dios sea bendito, ¡qué lágrimas me cuestan estas fundaciones!*».

En 1887, cuando se publica la aprobación pontificia del Instituto de las Hermanitas, se han fundado ya cincuenta y cuatro casas en veintiocho diócesis de España y en Cuba.

En 1890 se fundará una casa en Sigüenza, la tierra natal de D. Saturnino; pero, reacio a todo protagonismo, no acudirá a la inauguración para evitar los elogios.



Todo está cumplido

En 1897 se aprueban definitivamente las Constituciones. La Santa dicta entonces su última circular a todas las Casas del Instituto...



«Encontrándome, como saben, cercana a la muerte, el Señor, tan bueno en sus misericordias, me concede el consuelo de recibir un telegrama, que anuncia la aprobación definitiva de nuestras Constituciones. Bendigamos al Señor por una gracia tan señalada, y, ya que me concede también la satisfacción de podérsela comunicar a ustedes, les recomiendo, una vez más, la fiel observancia de las mismas, para que de este modo Él nos conceda la gracia de reunirnos en el Cielo».

Pocos días después de recibir la noticia y 25 años después de la fundación de la Congregación, muere la M. Teresa en la madrugada del 26 de agosto de 1897. A su muerte se han abierto 103 residencias para acoger a los queridos ancianos desamparados; ella había preparado cada una de las fundaciones



y acompañado a cada Religiosa. Una multitud acompañaba el féretro para rendir un cálido homenaje a una mujer que había convertido su vida en expresión del entrañable amor de Dios a todos, en especial a los más pobres.

D. Saturnino subraya su «*grandísima resignación*» en su enfermedad, y «*su infatigable celo*» en su misión; y sobre todo, su santidad. Será beatificada el 27 de abril de 1958 y canonizada el 27 de enero de 1974.

La santa Madre, modelo vivo para todas sus hijas, ha encarnado fielmente el carisma fundacional, recibido inicialmente por D. Saturnino. El Señor ha derramado abundantemente su gracia sobre ellos. Guiados por la fuerza del Espíritu han visto fructificar de forma admirable la obra iniciada en medio de tanta pobreza y hostilidad contra la Iglesia.

Desbordante dinamismo apostólico



«Hacia tiempo que acariciaba yo el deseo de tener en mi mesa la compañía de un pobre (...). Dios Nuestro Señor, en sus juicios inescrutables, vino a satisfacer mi deseo»

D. Saturnino es un apóstol infatigable, sacerdote de Jesucristo según el corazón de Dios. Lo prioritario para él es ser un instrumento dócil en las manos de Dios. Movidado por el Espíritu, su actividad no se limita a la Congregación por él fundada. En Huesca apoya espiritual y económicamente a las Hermanitas de los Pobres, evangeliza con sus escritos y trabaja en la pastoral de su diócesis. Y al clero, que en ese tiempo había dejado de percibir ayuda económica del Estado, le entrega también generosas limosnas. Una de sus obras más relevantes: el *Tratado de oratoria sagrada*, será, durante décadas, libro de texto en muchos Seminarios.

Con mesura y a la vez con la libertad y valentía del apóstol, D. Saturnino advierte de los errores

de su tiempo y confirma en la fe a los católicos, en uno de los momentos más duros de la Iglesia en España.

Su generosidad no tiene límites, sus cuantiosas donaciones a las diversas necesidades de la Iglesia son continuas. Es la expresión de la sobreabundancia del Amor de Dios que se desborda en él, radiante y agradecido.

Movidado por el Espíritu, aún va más allá: *«Hacia tiempo que acariciaba yo el deseo de tener en mi mesa la compañía de un pobre (...). Dios Nuestro Señor, en sus juicios inescrutables, vino a satisfacer mi deseo»*. En la Navidad de 1882 acude a su casa un jornalero cuya esposa acababa de morir y él se había quedado con tres niños pequeños, uno de ellos recién nacido. D. Saturnino recuerda la pobreza del Niño Jesús en el pesebre y no duda en adoptar a este niño, llamado Francisco Oliván, y cuidarlo y educarlo con todo cariño, como un verdadero padre. Con la ayuda de D. Saturnino, llegará a ser farmacéutico. A la muerte de su padre adoptivo, se manifestará convencido de su santidad.



El Espíritu le abre ahora otro campo de misión: los enfermos, sobre todo quienes no tienen quien los atienda por la noche. Por ello promueve que las Siervas de María funden, en 1887, una casa en Huesca. Él será su capellán y director espiritual, las ayudará también económicamente.

En 1889 publica su obra más importante, un compendio de Teología: *Exposición de los deberes religiosos*. Su único objetivo es dar «*gloria a Dios nuestro Señor y contribuir a la santificación de las almas*».

De 1893 a 1894, el obispo de Huesca le nombra secretario del Sínodo Diocesano y D. Saturnino trabaja sin descanso en la redacción de la mayoría de los borradores de las Constituciones sinodales.



El 12 de marzo de 1905

fallece como había pedido: «*Concededme Señor, por el Inmaculado Corazón de vuestra Santísima Madre y mía, que cuando llegue la hora, responda a vuestro divino llamamiento, y tenga una muerte tranquila, pacífica y santa*».



El Boletín del Obispado de Huesca destaca: «*La ejemplaridad de su vida sacerdotal, sus escritos, su esplendor generosa, las fundaciones que inmortalizarán su nombre (...). Descanse en paz tan excelente sacerdote y que sus obras sean su corona*».

El 8 de julio de 2014 el Papa Francisco lo declarará venerable.

En 1913 se trasladan los restos de M. Teresa y de D. Saturnino a la cripta de la Casa Madre; y dos años después, los del Padre Francisco.

El secreto de un carisma : mística trinitaria de los contemplativos en la acción



La M. Teresa resume la espiritualidad de la Congregación en una frase: «*Dios en el corazón, la eternidad en la cabeza, el mundo bajo los pies*». En ella refleja la esencia del carisma de las

Hermanitas, nacido del sobreabundante Amor misericordioso de la Trinidad y su misión de salvación. Es la mística trinitaria de los contemplativos en la acción. Jesús es el centro de la vida de Saturnino y Teresa, por eso dinamiza y unifica toda su existencia: corazón, mente y pies. El secreto está en su corazón conmovido por el inmerecido Amor del Corazón de Jesús y del Corazón Inmaculado de María, expresiones vivas del Amor de Dios.

Saturnino y Teresa, en su corazón de pobres criaturas, han descubierto el tesoro del Amor de Dios, que como dice S. Juan de la Cruz, «*recrea y enamora*». Y llenos de inmensa alegría, arden en deseos de abandonarse en Él, de que se cumpla en todo su santa Voluntad; todo lo demás lo estiman pérdida, solo Él puede hacerles felices. Todo es don gratuito de Dios, así lo expresa la M. Teresa: «*Yo no sé cómo agradecer a Dios y a María Santísima todo lo que nos conceden*».

Abismados en este Corazón ardiente de Amor, aprenden a mirar la creación entera con los mismos ojos misericordiosos con los que se han visto agraciados por Dios, que «*consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados*» (Is 49, 13).

Y como conocen su propia pobreza, solo les cabe suplicar humildemente que el Señor los guarde en su Amor.

Por eso quieren a las Hermanitas, pobres y humildes, a ejemplo de Jesús en el pesebre. La Madre les insiste: «*Aprendamos las bellas lecciones que un Dios Niño nos da y enseña, para imitarle en su grande humildad y caridad*». Así lo cuenta una Hermanita: «*Muchas veces oí decir a la M. Teresa, que fuéramos religiosas santas y sencillas*».



Y el Señor los envía a trabajar con Él en su misma misión: «*Consolad a mi pueblo-dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén*» (Is 40, 1-2). Esta es la clave de su espiritualidad aprendida del Corazón de Jesús: ser totalmente de Dios y servirle en la entrega generosa a los demás, especialmente a los ancianos desamparados.

Quieren vivir la misma vida de Dios: sus mismos sentimientos, pensamientos y acciones. Su Amor se expresa más en las obras que en las palabras. Encuentran a Dios en el sencillo trabajo diario. Así lo expresa la Madre: «*No hay nada pequeño, cuando se hace a gloria de Dios*». Esta fidelidad en las cosas pequeñas es el fruto de la indiferencia espiritual y de la plena aceptación de la voluntad de Dios en su vida.



Por eso quieren ser muy fieles al Espíritu y vivir continuamente en la presencia de Dios, para obrar solo por Él, con Él y en Él. Así se lo pide la Madre al Señor: que inflame a las Hermanitas *«en su puro y divino amor, para que cada día le sean más fieles y mejor cumplan lo que le tienen prometido (...) y no se propongan en sus obras otros fines, que los de agradar a Dios y darle gloria»*.

- Al estilo de María, la Madre de los ancianos desamparados, que, llena de Dios en su corazón, acoge bajo su manto, con ternura y delicadeza maternal, a los despreciados de este mundo, verdaderos Cristos sufrientes. Como dice san Agustín, María concibió a Jesús en su Corazón antes que en su seno.

- Y al estilo de santa Marta, modelo de entrega abnegada y total al servicio de los demás; que aprendió de su amigo Jesús, de corazón a corazón, a servir con la mirada puesta solo en Dios, el Único necesario.

- Y con la sabiduría del corazón de san José, el varón justo, que, oculto en Dios y ajeno a los engaños de este mundo, vela, humilde y calladamente, porque nada falte en el hogar de la Sagrada Familia. Como dice S. Juan Pablo II, *«en sus acciones, ocultas por el silencio, (se descubre) un clima de profunda contemplación (...) la santificación de la vida cotidiana»*¹. Es el modelo de vida para el venerable D. Saturnino: *«Ser justos, como San José, el 'varón justo'»*². Y a él recurrirán los dos fundadores como protector de las casas de las Hermanitas, verdaderos hogares como el de Nazareth.



La última recomendación que la Madre Teresa da a sus hijas en su lecho de muerte subraya la esencia del carisma: *«Cuiden con esmero a los ancianos, ténganse mucha caridad y observen fielmente las constituciones. En esto está nuestra santificación»*. La dedicación humilde y abnegada a los ancianos, unidas a Dios en los Corazones desbordantes de Amor de Jesús y de María; y en fidelidad a las constituciones, expresión de la voluntad de Dios para cada una de las Hermanitas.

1 - Redemptoris Custos, 24-25.

2 - Antología de textos de orientación cristiana, 77.



Dios en el corazón

Como ya expresó S. Juan Pablo II: «El deseo de conocer al Señor íntimamente y de hablarle de corazón a corazón es, gracias a los Ejercicios Espirituales, característica del dinamismo espiritual y apostólico ignaciano, totalmente al servicio del amor del Corazón de Jesús³». Saturnino y Teresa tenían profundamente arraigada la devoción al misericordioso Corazón de Jesús que, traspasado por la lanza, nos entrega su mismo Espíritu.

Los dos han tenido una profunda experiencia de este Amor de Dios. Así lo testimonia una Hermanita: «Predominaba en la Madre su continua unión con Dios; parecía que no perdía jamás su presencia actual. (...) Observé con qué serenidad estaba en oración sumamente fervorosa, hasta el punto de que yo quedaba siempre impresionada del tiempo y de la manera como estaba en la oración». La Madre ha aprendido a encontrar a Dios en todo, incluso en el dolor. Ha descubierto la sabiduría de la cruz: «Hijas mías, este año nos toca la cruz. Abracémonos a ella gozosas».

D. Saturnino nos ha dejado un detallado testimonio de su vida interior, gracias a que dos padres jesuitas le recomendaron escribirlo. Así nos cuenta que: «Estando en oración se me representó N. S. Jesucristo, teniendo el corazón descubierto, y en el centro del mismo un ramito con tres flores (...). Me pareció significar la de color de oro la virtud de la fe, la blanca la de la santa pureza, y la encarnada la caridad, que quería Ntro. Señor las ejercitase siempre en grado superior». Y en otra ocasión «me pareció haberle oído: 'Quiero que seas santo. (...) rompe definitivamente con lazos que puedan enredarte».



D. Saturnino había grabado en su corazón un retablo con las imágenes de sus devociones particulares. Y el lugar principal lo ocupaban los Sagrados Corazones de Jesús y de María: «Metido espiritualmente en mi oratorio mental, saludo a la imagen de Jesús y a los SS. Corazones en esta forma: 'Sacratísimo Corazón de Jesús, yo os alabo, bendigo y adoro. Inmaculado Corazón de María, yo os alabo, bendigo y adoro'. Que viva, Jesús mío, unido e identificado a vuestro Corazón Sacratísimo. Concededme Señor, por el Inmaculado Corazón de vuestra Santísima Madre y mía, que cuando llegue la hora, responda a vuestro divino llamamiento, y tenga una muerte tranquila, pacífica y santa».



La profunda devoción de Teresa al Corazón de Jesús se manifiesta en la intensa piedad eucarística de toda su vida. En la comunión experimenta la viva presencia de Dios Trino en su corazón: «¡Oh Santísima Trinidad! os ofrezco esta comunión y todas las del mundo».

Así lo testimonia una Hermanita: «Tan grande era su amor a la Eucaristía que la veíamos muchas horas absorta en oración ante el Sagrario, en postura de sumo recogimiento y veneración; no parecía anhelar otra cosa sino el momento de estar en oración ante Jesús Sacramentado». Verla orar ante el Santísimo «en una forma tan recogida, tan reverente, con tanta compostura y tanto fervor, me parecía que estaba extasiada ante Él».

Un día una novicia se la encontró en éxtasis. Al verla absorta, se asustó y volvió más tarde. Lo testimonia así: «Me acerqué y le conté lo que había sucedido; ella no me había sentido ni me había visto, a pesar de tener los ojos abiertos. Me hizo arrodillar junto a ella y me dijo insistentemente que no refiriera a nadie lo que había pasado». Su humildad era tan grande que quería permanecer oculta.





Con la ayuda maternal de María



D. Saturnino y Teresa tienen desde niños un profundo amor a la Virgen. Así lo expresa él: *«Quisiera tener todo el celo de los apóstoles, para promover vuestro culto, fomentar vuestra devoción»*. Consciente de que todo es don, le pide a María *«la gracia de la santidad»*. Y nombra a Nuestra Señora de los Desamparados, patrona de la Congregación.

Y, como dijo Pío XII, el día de la beatificación de la Madre: *«Nos complace considerar la gran parte que la Virgen Santísima quiso tomar en la vida y en la obra de esta Teresa de Jesús. Nacida al sonar el "Ángelus" en aquella feliz jornada de los comienzos de 1843 (...), muchas horas solemnes de su existencia coinciden providencialmente con una fiesta mariana: la llegada al inolvidable "Pueyo" de Barbastro en la víspera del Pilar de 1872; la apertura de*

la Casa Madre a la sombra misma del Santuario» de Nuestra Señora de los Desamparados, patrona de Valencia.

Las Hermanitas se trasladan a esta ciudad en las vísperas de la fiesta de la Virgen en esta advocación y a ella le encomiendan toda su obra.

El sábado 9 de mayo de 1874, justo un año después de la fundación de Valencia y víspera de la fiesta de la Virgen, abren una nueva casa en Zaragoza. Y el 8 de diciembre de 1877, fiesta de la Inmaculada Concepción, la Santa, con su hermana María, hace su profesión perpetua, esposa de Jesucristo para siempre.

Los hitos más importantes de su vida están marcados por la dulce presencia de María. A ella se había consagrado en lo profundo de su corazón: *«Que en vida y muerte conste delante de Dios y de todas sus criaturas que soy esclava de la Virgen María. Sepan cuantos esta carta de esclavitud vieren (...) cómo yo, Sor Teresa de Jesús, me entrego por esclava perpetua de la Virgen María, Madre de Dios, por donación pura, libre, espontánea y perfecta (...), de mi persona y bienes para que de mí y de ellos disponga a su voluntad como verdadera Señora mía»*.





Corazón ardiente de caridad. Unidad en el amor

Los dos fundadores son conscientes de que toda obra buena procede de Dios. Por eso insiste D. Saturnino: *«Quitad la vida contemplativa (...) a la Hermanita de los pobres, y nos privaréis de esas obras de desinterés y abnegación que nos admiran y entusiasman... Quitadles la oración, la frecuencia de Sacramentos, sus ejercicios espirituales, y las despojaréis del espíritu que anima a sus obras caritativas, quedando éstas reducidas a obras (...) humanitarias si queréis, pero (...) no según el espíritu de caridad, esto es, el Espíritu de Dios. (...) Todas las grandes y extraordinarias obras son hijas de los santos varones y mujeres poseídos del Espíritu de Dios».*

Y la M. Teresa vive del Corazón de Jesús. Él es su vida y modelo: *«(...) su ardentísima caridad. Es tan grande que dice: "Fuego he venido a traer a la tierra y ¿qué quiero sino que se abraze?". Por eso su Corazón arde en llamas de purísimo amor. (...) con ese purísimo amor, hemos de amar a todos nuestros prójimos y nos hemos de amar muy especialmente unas Hermanas a otras, para que siempre haya unión fraterna (...) y no haya entre nosotras ningún genero de división o rencillas».*



**«El silencio guarda
en el alma grandes bienes.
Quien quiera ganar mucho y
hablar bien, hágalo siempre
de Dios y con Dios, viviendo con
Él, a solas humildemente».**

Vivir de la presencia de Dios en el corazón, como contemplativos en la acción, es el eje del carisma. Ser Templo del Espíritu Santo implica estar inflamado de Amor. Y para ello, subraya la Madre, el silencio *«contribuye no poco a conservar aquella vida interior tan propia y tan necesaria a la religiosa, para que sea toda de Dios».* D. Saturnino insistía en esto mismo recordando las palabras de San Alonso Rodríguez: *«El silencio guarda en el alma grandes bienes. Quien quiera ganar mucho y hablar bien, hágalo siempre de Dios y con Dios, viviendo con Él, a solas humildemente».*

En la misión de Jesús, el mundo bajo los pies



La fuente y el origen de la misión de Saturnino y Teresa es el Amor de Dios gratuitamente recibido. Han llegado a conocerlo por la contemplación de los misterios de la vida de Cristo.

De tanto contemplar a Jesús en su humanidad, de tanto ver, oír y tocar con los sentidos de la imaginación, se ha transformado su corazón: «*Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos*» (1Jn 1,3). Han integrado en su sensibilidad el modo de actuar de Jesús, han entrado en comunión real, de vida y misión con Él: «*Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en Mí*». Se han liberado, como dice S. Ignacio, «*de su propio amor, querer e interés*». Contemplar al Señor les ha hecho nacer de nuevo, les ha transfigurado: «*Contempladlo y quedaréis radiantes*» (Sal 34, 6).

El Señor se les ha manifestado en la oración del corazón, fuente de sabiduría. Así lo escribe D. Saturnino: «*El corazón debe hablar más que la lengua [...]. La meditación enseña más que todas las lecturas sobre Jesucristo y sus misterios*».

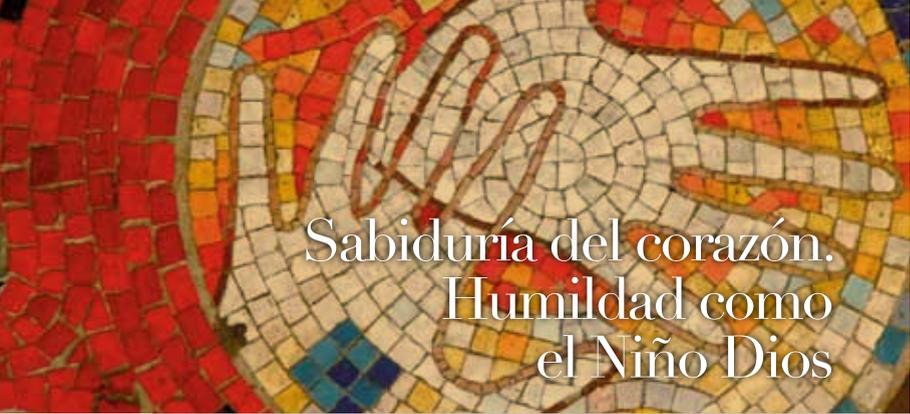
Han experimentado «*qué bueno es el Señor*» y han sido elegidos para trabajar con Él en su misma misión de salvación. Así se lo dice D. Saturnino a las Hermanitas: «*Continuadoras de la misión caritativa de su Santísimo Hijo en la tierra, confiándoos el cuidado y servicio de los pobres ancianos*». Los preferidos de Dios y despreciados por este mundo: «*¿Qué es el pobre [el anciano desamparado] a los ojos del mundo? ¿Qué es el pobre a los ojos de Dios? A los ojos del mundo el pobre no es sino un objeto de desprecio (...). Por el contrario, a los ojos de Dios, el pobre [el anciano desamparado] es (...) un representante de Jesús en la tierra*»⁴.





Eso es tener «*el mundo bajo los pies*», la sabiduría de la cruz, la suprema libertad para servir en los pobres a Dios, que «*ha elegido lo débil del mundo para confundir a los poderosos*» (1Co 1,27). Las Hermanitas hacen vida la Palabra: «*Ponte en pie ante una cabeza blanca y honra a la persona del anciano*» (Lev 19, 32). Unidas a Cristo, piden al Señor las mantenga unidas a Él con los Cristos sufrientes de hoy, a quienes el mundo desprecia; como el siervo de Yahvé, que «*desfigurado no parecía hombre ni tenía aspecto humano*» (Is 52,14); y, sin embargo, era Dios.





Sabiduría del corazón. Humildad como el Niño Dios

La Hermanita vive oculta en Dios, en un trabajo humilde y abnegado: «*Su fundación, destinada a recoger a los pobres abandonados no es el más propicio para dar satisfacciones de gloria humana o de ambiciones*». En un mundo que tanto valora el éxito y la prosperidad, la Hermanita es reflejo vivo de la luz de Dios, que se revela a los humildes.

Por eso la M. Teresa recomendaba vivamente contemplar al Niño pobre y humilde en Belén: «*Acudan a la cuna del Divino Niño con toda confianza y ofrézcanle bien limpio y sencillo su corazón, para que quiera entrar en él; dispuestas a seguir sus santas inspiraciones y compartir con Él, sin reserva, así las glorias como las fatigas*». La humildad de Jesús es su modelo: «*Su paciencia se demuestra en cómo acepta risueño los sufrimientos a que se somete con su obediencia, humildad y pobreza; (...) Sean las que quieran las pruebas a que el Señor nos sujete ya de necesidad, ya de enfermedades, ya de desprecios y aun de calumnias, sufrámoslas resignadas, que el Niño las endulza con su ejemplo*».

Porque, como dice Benedicto XVI, la Navidad es fiesta del corazón y escuela de humildad: «*En el niño en el establo de Belén, se puede, por decirlo así, tocar a Dios y acariciarlo. De este modo, el año litúrgico ha recibido un segundo centro*

[además de la Pascua] en una fiesta que es, ante todo, una fiesta del corazón (...) Si queremos encontrar al Dios que ha aparecido como Niño, hemos de apearnos del caballo de nuestra razón 'ilustrada'. Debemos deponer nuestras falsas certezas, nuestra soberbia intelectual, que nos impide percibir la proximidad de Dios»⁵.

Para D. Saturnino, esta humildad es imprescindible: «*Para incorporarse a Jesucristo, para que su Palabra fructifique en nosotros, para hacer nuestros sus dones, es necesario que vayamos acompañados de la humildad en nuestro entendimiento (fe), de la humildad en nuestra voluntad (esperanza), de la humildad en nuestro corazón (caridad)...*».

Y así lo manifiestan los dos Fundadores, en su continuo empeño de pasar desapercibidos y ocultos a los halagos de este mundo.



«En un mundo
que tanto valora
el éxito y la prosperidad,
la Hermanita es reflejo
vivo de la luz de Dios,
que se revela
a los humildes».



Ir en derechura al corazón

Tanto el venerable D. Saturnino como la santa Madre saben por experiencia que al corazón se llega a través de la sensibilidad, por eso él insiste en las obras de caridad: *«Se necesitan todavía brazos, corazones... y para esto nada mas a propósito que la creación de grandes asociaciones de caridad... La ciencia, la política, la elocuencia, podrán hacer toda clase de esfuerzos, pero serán inútiles... Es preciso que el corazón tome parte, porque a él solo es dado ver frente a frente los obstáculos y no retroceder. (...) Es necesario ir en derechura al corazón, con ayuda del buen sentido y apoderarse de él, en la seguridad de que la razón recibirá luego su impulso. He aquí el medio mas seguro para salvar la sociedad».*

La M. Teresa sabe que ganarán a los ancianos para Dios, sólo si antes se ganan su corazón. Y ella aprende del mismo Jesús: *«Su Corazón arde en llamas de purísimo amor. Con este amor purísimo es necesario que tratemos siempre a nuestros pobres, interesándonos muchísimo de su bienestar temporal y eterno. (...) Estos son sus verdaderos hijos adoptivos, y deben mirarlos, atenderlos y cuidarlos con la solicitud de verdaderas madres. Como han de hacerlo en la parte espiritual. (...) Nunca digan a los ancianos, por incorregibles que sean que, si no están contentos, tienen la puerta abierta y se pueden marchar. Trátenlos con paciencia y caridad, pues si no hubiera ancianos, tampoco habría Hermanitas».*



La Madre era ejemplo vivo de lo que decía. Así, en una ocasión se sentó junto a una anciana que se negaba a comer, y con la misma cuchara, tomó ella una cucharada y otra para la anciana, y así hasta que la anciana, conmovida, comenzó a comer ella sola.

Por eso no es de extrañar que, como declaró una señora: *«Cuando los ancianitos veían a la Madre, corrían a ella y la seguían a todas partes, como se sigue a una madre».* De esta manera les transmitía el Amor de Dios, el mayor regalo de la Congregación: *«Cuidar los cuerpos para salvar las almas».*

Profunda humanidad



Saturnino y Teresa se caracterizan por su profunda humanidad para salir al paso de las necesidades de los demás. Así, el P. Fundador, en una carta a la Madre: *«Para las reformas mandaré la cantidad de ocho mil reales; pues aun cuando le había ofrecido seis mil, se estira un poco más la cuerda. No tiene V. que cavilar ni apesadumbrarse por nada, pues Dios y su bendita Madre irán allanando el camino de marcha a ese Instituto, según la grande confianza que tengo. (...) Si, vencido el trimestre, no tuviera V. lo bastante, me lo dice, y se completará. Ya le tengo repetido que no carezcan VV. de lo necesario; pues si hoy las circunstancias favorecen poco, tengamos confianza en que esto pasará y mejorarán».*



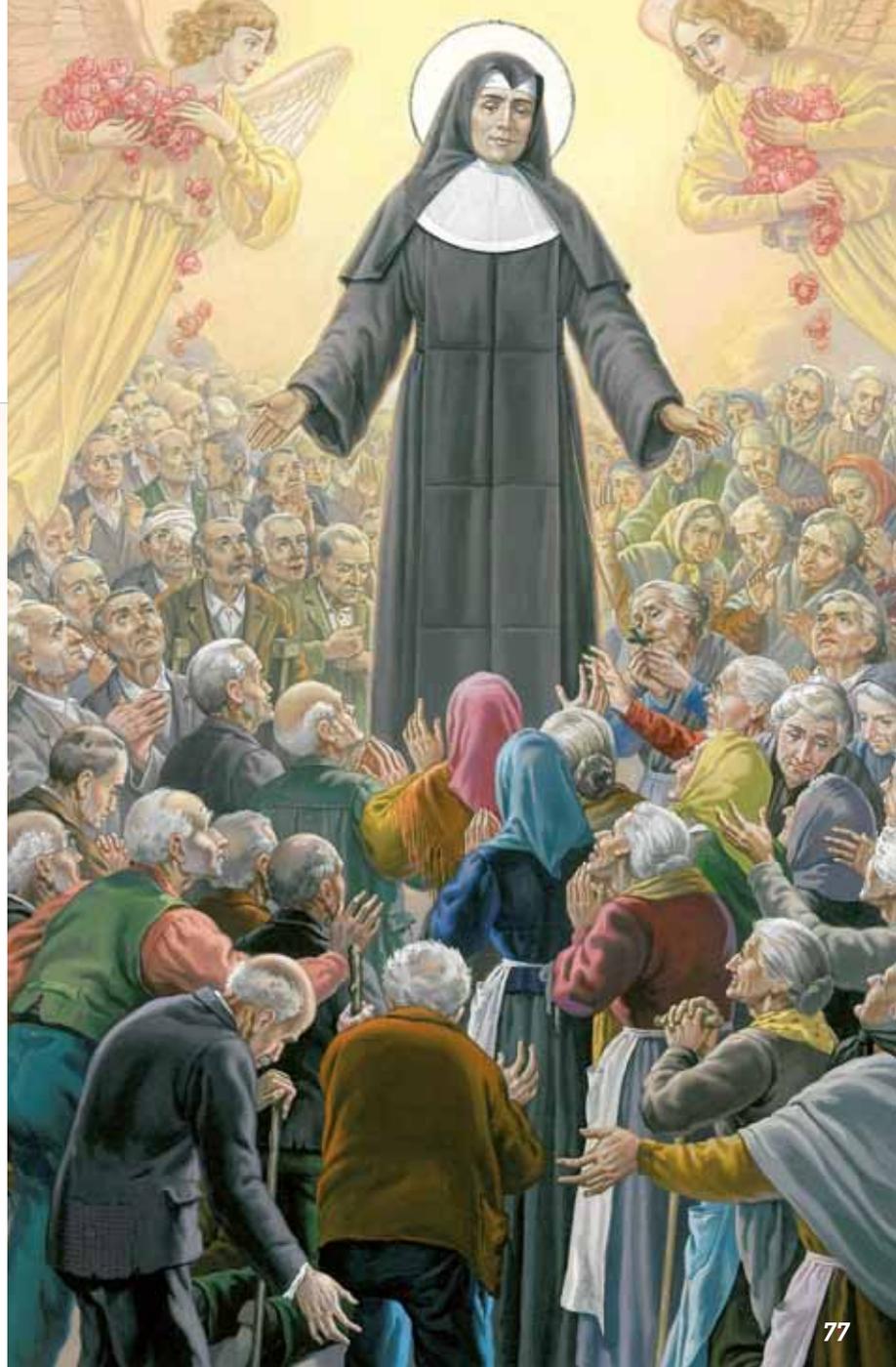
Y así también la Madre procura que no carezcan de lo necesario: *«Recomiendo a V. que nada escasee con las Hermanitas y que sigan con el mismo método en comidas y demás porque es mucho el trabajo que realizan; pues le repito lo que le tengo dicho otras veces, que cuando el erario afloje, acuda al P. Fundador, que éste ya lo apretará (...). Igualmente recomendamos que sea también mejor el alimento de los ancianos».* E insiste en la necesidad de la higiene: *«todo sea limpio».*

Los dos siguen muy de cerca la vida de las Hermanitas y de las comunidades. En sus cartas y visitas las guían y alientan. Así la Madre se muestra comprensiva: *«No pido a las Hermanitas la perfección de Jesús (...). Mientras vivamos no faltarán fragilidades... Lo que pido es que, aplicándonos a las virtudes de caridad y de obediencia, sean éstas las que regulen nuestras obras».*

Y también con los ancianitos, insiste en el respeto y discreción: *«Nos recomendaba siempre una exquisita prudencia, para no entorpecer la acción de la Gracia con nuestro celo indiscreto».*

Por obra del Espíritu, la eternidad en la mente

Su vida es una historia de amor agradecido. Su profunda experiencia del Amor misericordioso de Dios les hace anhelar el abrazo definitivo con el Padre, donde su alegría no tendrá fin. La eternidad de este Amor es el horizonte que alienta su vida: *«La identidad cristiana, que es ese abrazo bautismal que nos dio de pequeños el Padre, nos hace anhelar, como hijos pródigos – y predilectos en María –, el otro abrazo, el del Padre misericordioso que nos espera en la gloria. Hacer que nuestro pueblo se sienta como en medio de estos dos abrazos es la dura pero hermosa tarea del que predica el Evangelio»*⁶.



Confianza en la providencia. Fortaleza en la adversidad



Saturnino y Teresa han vivido años de fe probada. Saben por experiencia que el Señor no defrauda nunca a quien se abandona en Él. Por eso el P. Fundador confía la Congregación a la ayuda exclusiva de la Providencia: *«Confíen en el Señor que no las desampará, ya que en los mismos ancianos sirven a Aquel que cuida hasta del más pequeño pajarito y de las flores de los campos».*



Y ante el deseo frustrado de una fundación, no duda en escribir a la M. Teresa: *«Cuando Dios no ha permitido se realizara aquella fundación, es prueba de que no convenía (...). El Instituto depende de Dios, y Éste continuará protegiéndole y dispensándole sus favores».*

Su corazón arde de celo por la misión con los pobres y se entrega



sin límites, con todo lo que es y tiene. Su modelo es Jesús pobre: *«Nació, vivió y murió pobre... para enseñar, sobre todo, a los que fueran sus discípulos, que para llegar a ser perfectos, habían de abrazar la santa pobreza y practicarla... La codicia arguye desconfianza en la Providencia divina. Pedid únicamente lo necesario, el pan de cada día, y Dios, a quien servís en las personas de los pobrecitos ancianos, cuidará de que nada os falte».*

La Madre participa de este mismo espíritu. La fundación de Cabra se hizo en pobreza absoluta. Y al Padre le escribe: *«Si viera la alegría de las Hermanitas a pesar de estar así... Yo doy gracias a Dios».* En comunidad se vive la austeridad pero *«por el contrario, le parecía todo poco para los pobres (...). Lo que la Congregación tiene no pertenece a las Hermanitas, pertenece a los pobres, de los que las Religiosas no son sino simples siervas».*

Era tan grande la confianza en Dios de la M. Teresa, que en los momentos de mayores penurias económicas admitía a más ancianos. Pues, como le gustaba repetir: *«A más pobres, más bienhechores».* Su corazón está firme en el Señor: *«Suceda lo que tenga que suceder, todo lo que es de Dios, está bien. Sea bendito en todas las cosas».*

Así lo cuenta una Hermanita: *«En las dificultades permanecía serena y equilibrada, elevando nuestros ánimos con aquella seguridad y aquel espíritu resuelto, para hacer frente a los peligros, por muy graves que fuesen, con la ayuda de Dios».* Ella pone todo de su parte y se abandona confiada en Él: *«No hay que perder el ánimo. Dios nos ayudará en todo. Por nuestra parte no omitamos nada, aunque repugne a la naturaleza».*

Así lo cuentan, admirados, diversos testigos: *«A pesar de que estaba enferma, visitaba y asistía a los ancianos incluso en las altas horas de la noche. (...) Todo lo soportaba con paciencia y no se quejaba nunca; contemplé con edificación cómo, a pesar de estar tan grave, sólo se preocupaba de los demás, de las Hermanitas y de sus Casas-Asilo».*

Y su esperanza no queda defraudada. Y a veces con hechos prodigiosos. En 1889 D. Saturnino sale milagrosamente ileso después de que un rayo arrasara la habitación donde él estaba: *«Todos convenían en no poderse explicar, sino por un favor providencial, el que dadas las condiciones de la alcoba, ser el catre de acero con las dos testeras de lo mismo, y habiendo estallado en un recinto tan reducido la exhalación, no hubiera muerto».*

También la Madre, yendo a Madrid, salió milagrosamente ilesa de un descarrilamiento del tren. No dudaron en atribuirlo a la protección de san José.



Sentido del humor



De la unión de Saturnino y Teresa con Dios, deriva su alegría profunda.

Como dice el papa Francisco: «La alegría evangelizadora siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida: es una gracia que necesitamos pedir»⁷.

El P. Fundador vive lo que les escribe a las Hermanitas: «Feliz y dichoso aquel que en todo se conforma con la voluntad del Señor: su corazón descansará en santa paz y su espíritu gozará de tranquilidad inalterable». En una ocasión se ausentó de Huesca, y el Deán de la Catedral le escribió que, sin él, el Cabildo «carece de animación que no creo habrá hasta su venida».

Es la misma alegría que la M. Teresa celebra en las Hermanitas: «Gracias al Señor que conservan un espíritu lo más tranquilo. De ahí que no les falta el buen humor». No pierde el humor ante las dificultades: «Se reirá de lo que le digo pero hasta en la confesión Dios quiere ponernos a

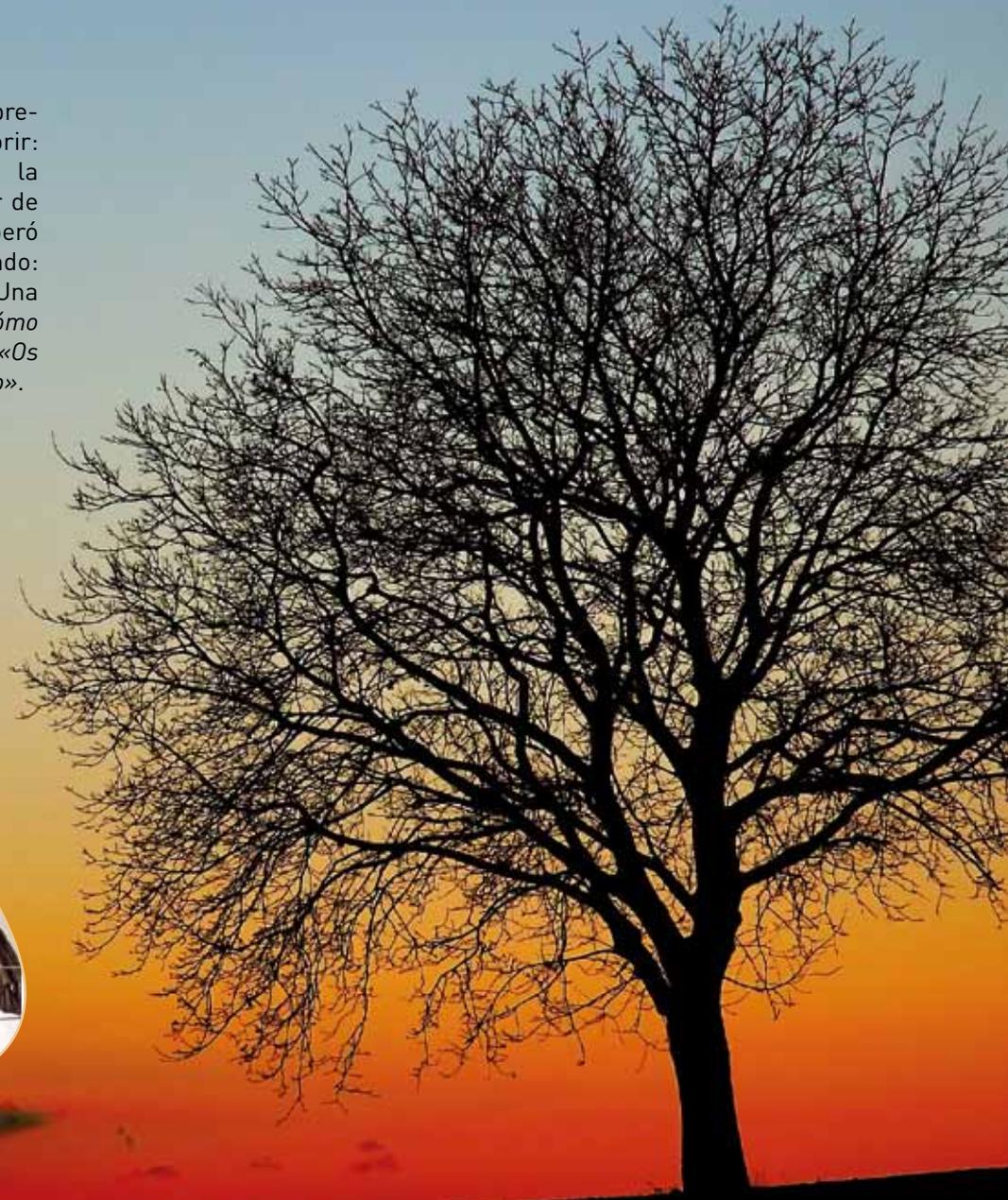
prueba; porque el sacerdote que nos debe confesar es sordo y tenemos que decir los pecados gritando. (...) Yo, que Dios me perdone, ya me he encomendado al Señor, para que no permita que cometa ningún pecado, para no verme obligada a decirlo gritando». Su deseo es «que todas sirvan a Dios con alegría y humildad».

A una Superiora le escribe: «Siento mucho que ande triste y no conviene que a esa tentación le dé entrada, porque no trae nada bueno; cuénteme el motivo y haga lo posible por desecharla. Procure cumplir lo mejor que pueda con su obligación. Ponga lo que esté de su parte, que el Señor no le pedirá más».



La M. Teresa era contraria a la melancolía y a los misticismos. «Nos decía con frecuencia -declara una Hermanita- que nos quería llenas de virtud, pero sin las extravagancias de una apariencia mística». En una ocasión, una novicia fue a la Madre con un rostro compungido y toda cubierta con el velo. «Madre -le dijo- yo quiero ser santa». La Madre cogió un alfiler, le sujetó el velo a la espalda de tal modo que la cabeza quedaba levantada, y la mandó al Noviciado. En otra ocasión, una novicia se había quedado a comer, encantada, con las profesas y le dijo sonriente a la M. Teresa: «Madre, en la ciudad de Villena, donde se come se cena»; la Madre le respondió con humor: «Hija, en la ciudad de Valencia manda la obediencia».

Y con el mismo humor se expresaba pocos días antes de morir: pensando que había muerto, la comunidad se reunió alrededor de su cama. Cuando la Madre recuperó el conocimiento les dijo sonriendo: «*No estoy muerta todavía*». Una Hermanita le preguntó: «*¿Cómo está, Madre?*». Y sonriendo: «*Os dejaré en seguida; me voy al cielo*».



Contemplativos en la acción

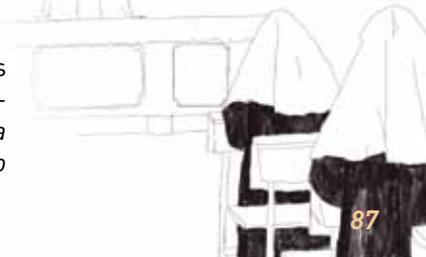


D. Saturnino tendrá tres directores espirituales jesuitas. A petición de ellos escribirá su Regla de Vida, síntesis de su vida espiritual, de clara impronta ignaciana. Así se ve sobre todo en su deseo de seguir fielmente la voluntad de Dios y en su ideal de vida como contemplativo en la acción.

Su gusto por la oración le inclinaba *«al retiro y a vivir en soledad, deseando hacerlo en alguna ermita o casa de clausura; pero el Señor se ha servido mantenerme en vida y ministerios públicos, cuya santísima voluntad he acatado y respetado»*. Y por ello procura *«cuidar de vivir retirado y apartado del trato con personas, en cuanto me lo permitan mis deberes y obligaciones sacerdotales»*.

Con una vida de intensa oración, que comenzaba de madrugada: *«A las cuatro desde la Cruz de mayo a la de septiembre, y a las cinco en el resto del año»*; y con el deseo de ser templo vivo de la Trinidad, ofrecía al Señor la desbordante actividad que desarrollaba cada día.

Esta unidad de vida desea para las Hermanitas: *«Las vidas contemplativa y activa se unen en una misma persona, resultando del compuesto*



de ambas la llamada vida mixta, vida de mayor excelencia que cada una de por sí, por cuanto abraza lo más perfecto que hay en las dos. (...) Y esta es la vida que tienen las Hermanitas. Ejercitándose en la oración y otros actos espirituales, hacen el oficio de María. Recibiendo en su casa a los ancianos pobres, asistiendo y sirviendo a éstos, hacen el oficio de Marta; y juntando los dos oficios, imitan de un modo más perfecto a su divino Esposo Jesús».

La Madre Teresa insiste en esto mismo: «Nuestra vida es muy activa; por eso hay que poner mayor cuidado, para no derramarnos en las obras exteriores. Cuanto hacemos, por Dios hemos de hacerlo, y se nos facilitará toda obra y lograremos tener presencia de Dios en todos nuestros actos, aun los más ordinarios de la vida, hasta cumplir lo que nos manda el Espíritu Santo: que cuanto hiciéremos de palabra o de obra, hasta el mismo comer y beber, en el nombre de Dios lo hagamos».

Y aún se lo dice más claro: «Fervorosas y de vida interior, sí, pero no de aquellas que dejan el trabajo para las demás». Como dice el papa Francisco, «la salida de sí hacia el otro, (...) el signo más claro para discernir acerca del camino de crecimiento espiritual como respuesta a la donación absolutamente gratuita de Dios»⁸.





Anhelo de santidad. El recto fin de agradar a Dios

La fidelidad y amor a la voluntad de Dios es la clave de la espiritualidad y misión de Saturnino y Teresa. De ahí su insistencia en el cumplimiento puntual de las Constituciones. Por eso la Madre las recibió con profunda fe y humildad : «Este librito, Padre, me ha de salvar o me ha de condenar». Vivía hasta tal punto de la vida de Dios en ella que, como declaró una Hermanita: «En su vida ordinaria mostraba una prontitud, felicidad y alegría tal, que elevaba al nivel de la heroicidad toda su vida religiosa».

Esta humilde obediencia, como dice san Juan de la Cruz, es propia de los santos: «Se hacen sujetos y obedientes en el camino espiritual, que, como se ven tan miserables, desean que cualquiera les encamine y diga lo que deben hacer»⁹.

Y así lo quería la Madre: «Quiero que se cumpla la Regla con toda exactitud, no sea que, con un pretexto de aquí y otro de allá, decaiga nuestro espíritu y vaya nuestro pobre edificio a tierra. El enemigo va muy suelto y busca sólo pretextos para prender nuestras almas. Por lo tanto observancia, que si la hay, huirá». Y acostumbraba a recitar esta oración: «Hágase en mí, Señor, Tu voluntad santísima, digna de toda alabanza».

Su único deseo es la santidad: «¿Que cómo podrán responder a mi amor? Hijas mías, siendo muy santas.

Seamos fieles a la gracia». A imagen de María, la Virgen fiel, ideal de santidad y plenitud de gracia.

Consciente de su debilidad, acude a María: «No dejen de pedir mucho a la Virgen que nos dé luz y que todas seamos santas y para ello tener las reglas muy presentes en la observancia y sobre todo la humildad, que tanto agrada a María; seamos buenas, hijas mías, que es lo único que puede dar alegría al Corazón de nuestro amado Jesús».

Agradar a Dios es lo único que importa: «Cuiden con esmero a los ancianos y acostúmbrense a practicar las obras de caridad con el recto fin de agradar a Dios, único blanco de nuestras acciones. Quiero decir que no hagan las cosas por respeto humano. Siempre nuestras obras han de ser hechas con recta intención para que, si no les satisface a las criaturas, el Señor que nos ha de juzgar vea nuestro corazón».



Y para ello, nada como la sencillez: «Ni tengan que exagerar en sus contestaciones; el Señor recomienda la sencillez, encargando que sean nuestras palabras sí, sí, no, no».

Este anhelo de santidad dinamiza también la vida de D. Saturnino. De corazón ardiente por el Señor, pedía la gracia del martirio: «¡Oh, si el Señor me la concediera por su infinita bondad!».

D. Saturnino sabe que sólo el Amor nos hace libres para amar. Toma por modelo a S. Alonso Rodríguez: *«Para hacer la voluntad de Dios es necesario que el hombre en todas las cosas menosprecie hacer su voluntad: porque cuanto más muere a sí, tanto más vivirá a Dios; y cuanto más se purgare del amor suyo, tanto más abundará en el de Dios. Y para cumplir la voluntad de Dios, es menester que el hombre le ame, pues la medida del amor será el cumplimiento de la voluntad de Dios».*

Nuestros biografiados vivieron del Amor de tal manera que, a ejemplo de Nuestra Señora de los Desamparados, pudieron, como pedía D. Saturnino, *«engendrar hijos para Dios, formar a Jesucristo en los corazones».* Hoy su Congregación sigue produciendo abundantes frutos de caridad en todo el mundo. Porque, como dice el papa Francisco, *«no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!»*

SIN REQUISITO





Presencia en el Mundo

Índice

Una aventura fascinante	6	Desbordante dinamismo apostólico	50
Contexto Histórico	10	El secreto de un carisma: mística trinitaria de los contemplativos en la acción	54
El Señor les habla al corazón en medio de las pruebas	12	Dios en el corazón	58
Satunino y Teresa, una infancia vivida en el amor a Dios y a los pobres	14	Con la ayuda maternal de María	62
Llega la noche oscura. Señor, ¿qué quieres de mí?	20	Corazón ardiente de caridad. Unidad en el amor	64
Sacerdote según el corazón de Dios	24	En la misión de Jesús , el mundo bajo los pies	66
El Señor los espera en los ancianos desamparados	28	Sabiduría del corazón. Humildad como el Niño Dios	70
Una luz les brilló	32	Ir en derechura al corazón	72
Bajo el manto de Nuestra Señora de los Desamparados	38	Profunda humanidad	74
Audaces en el espíritu, más allá de las dificultades		Por obra del Espíritu, la eternidad en la mente	76
A pesar de las bombas	41	Confianza en la Providencia. Fortaleza en la adversidad	78
Con una salud muy delicada	42	Sentido del humor	82
El Señor los bendice con un nombre nuevo	44	Contemplativos en la acción	86
Tras la epidemia, la expansión misionera	45	Anhelo de santidad.	
Todo está cumplido	48	El recto fin de agradar a Dios	90



Hermanitas de los Ancianos Desemparados

C. Madre Teresa Jornet, 1
46 009 Valencia

Teléfono 96 347 92 50

www.hermanitas.es